QUIEROSABER

La guerra fría

Francesc Veiga

UOC

La Guerra Fría

Francesc Veiga

EDITORIAL UOC

Director de la colección: Lluís Pastor

Diseño de la colección: Editorial UOC
Diseño del libro y de la cubierta: Natàlia Serrano

Primera edición en lengua castellana: febrero 2016
Primera edición en formato digital: abril 2017

© Francesc Veiga, del texto

© Editorial UOC (Oberta UOC Publishing, SL) de esta edición, 2017
Rambla del Poblenou, 156
08018 Barcelona
http://www.editorialuoc.com

Realización editorial: Oberta UOC Publishing, SL

ISBN: 978-84-9116-073-1

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del copyright.

Autor

Francesc Veiga

El primer conflicto global

El periodo que abarca los orígenes y el desarrollo de la Primera Guerra Fría hasta su apoteosis y relajamiento, hacia los años setenta, es especialmente complicado.

Un simple vistazo al índice nos da una idea de la diversidad de temas que se concentran en este periodo: a partir de la importancia que tiene la situación europea a comienzos de la Guerra Fría, el escenario se va ampliando hasta incluir el continente asiático y el Cono Sur latinoamericano.

Asimismo, el fenómeno paralelo de la descolonización acaba dispersando el análisis por el Magreb y el África negra. Son dos fenómenos –Guerra Fría y descolonización– que durante los años cincuenta y sesenta discurrieron paralelos y que no siempre entraron en contacto, lo cual complica el relato global del periodo. Por ejemplo, el tiempo ha demostrado que la guerra de independencia argelina, que en su momento fue vista desde París como una parte del

enfrentamiento occidental contra el comunismo, tuvo motivaciones propias y no se puede considerar como un conflicto directamente derivado de la confrontación bipolar Este-Oeste.

De todos modos, la Guerra Fría fue el primer conflicto realmente global de la historia. El tablero comprendía todo el mundo y por eso acabó transformándolo. En efecto, el periodo 1945-1977 comportó una revolución social, que afectó a buena parte del mundo. El ámbito agrario perdió la importancia decisiva que siempre había tenido a lo largo de la historia; la sociedad urbana se impuso definitivamente y las economías de servicios se expandieron.

La retaguardia fue uno de los frentes más importantes de la Guerra Fría, y, por este motivo, la sociedad de consumo, el estado del bienestar, el avance imparable de la instrucción secundaria y la multiplicación de las clases medias acabaron desarrollando una importante conexión con la gran confrontación ideológica que dividía el mundo.

El periodo que abarca la llamada Segunda Guerra Fría suele estar poco estudiado. Esto se debe tanto a su proximidad temporal y a la falta de fuentes documentales, como al hecho de que es una etapa corta y compleja a la vez. En aquel momento, el enfrentamiento bipolar estaba en vías de resolución, medio inmerso en un conjunto de conflictos, que ya tenían muy poca relación con la Guerra Fría y que ninguna de las superpotencias podía entender ni controlar.

La dificultad para entender el periodo comprendido entre 1974 y 1991 surge de la disparidad de protagonistas, cada uno con sus motivaciones peculiares: los conflictos en Oriente Medio, el fenómeno del integrismo musulmán, las guerras civiles en África o los cambios políticos en América Latina. El hecho de que actualmente continúen formando parte de nuestra actualidad informativa prueba que todavía no se han encontrado las soluciones apropiadas.

Pero el enfrentamiento Este-Oeste continuaba existiendo, quizá más peligroso que nunca, y de este callejón sin salida surgió el final de la Guerra Fría sin que el conflicto se llegara a concretar en un enfrentamiento bélico en toda regla: un fenómeno extraordinario en la historia de la humanidad. Asimismo, la desintegración de la Unión Soviética y la descomposición del bloque oriental añaden una conclusión emocionante que abre las puertas del siglo XXI.

Índice

El primer conflicto global **7**

QUÉ QUIERO SABER **15**

LA PRIMERA GUERRA FRÍA (1948-1962) **17**
Introducción 17
1945-1948: los orígenes europeos 17
La relación de desconfianza entre las potencias 18
La guerra civil griega y la doctrina Truman 19
La responsabilidad yugoslava 20
El Plan Marshall 22
La constitución del bloque del Este 25
El bloqueo de Berlín 29

LA APOTEOSIS (1949-1953) **33**
Introducción 33
Los comunistas mandan en China 34

La guerra de Corea y las Naciones Unidas 36
Stalin muere 39

LA PRIMERA DESCOLONIZACIÓN (1945-1956) 43
Introducción 43
El final de los imperios europeos 45
La opción británica 46
La posición francesa 48
La crisis de Suez 54

EL CLÍMAX Y LA COEXISTENCIA PACÍFICA (1962-1973) 59
Introducción 59
Hacia una estrategia global 59
La Revolución cubana 62
La crisis de los misiles 64
Estados Unidos: de la desilusión al desencanto 67
La era Kennedy 67
Lyndon B. Johnson y la «gran sociedad» 75
Balance de la guerra de Vietnam 76
La gran desilusión: Nixon y el Watergate 77

LAS CRISIS DEL BLOQUE ORIENTAL 81
Introducción 81
La decadencia de Jruschov 81
El gran cisma 83
El advenimiento de Brejnev 85
La Primavera de Praga 87
La Revolución cultural 88

LOS TRAUMAS DE LA DESCOLONIZACIÓN AFRICANA **91**
Introducción 91
Los estímulos exteriores 92
Los estímulos interiores 93

LOS INTENTOS PARA CONTROLAR LA CARRERA DE ARMAMENTOS **97**
Introducción 97
El papel de Europa 101
La conferencia de Helsinki 103

LOS ORÍGENES DE LA SEGUNDA GUERRA FRÍA **105**
Introducción 105
La aparición de Israel 106
La independencia de Israel 109
Las guerras entre árabes e israelíes 111
La decisiva guerra del Yom Kippur 112
La alternativa panislamista 115
El ejemplo de Irán 117
El África negra y otros conflictos incontrolados 120

EL FINAL DE UNA ÉPOCA **125**
Introducción 125
De la humillación a la arrogancia: la era Reagan 129
La política exterior 130

La «reaganomía» 132
Cambios políticos en la Unión Soviética 134
La incierta sucesión de Brejnev 134
Gorbachov y la perestroika 137
El derrumbamiento del bloque oriental 141
Victoria final de los occidentales 147
La gran coalición contra Irak 148
Las transiciones al Este y el final de Yugoslavia 150
La desintegración de la Unión Soviética 152

Bibliografía 161

QUÉ QUIERO SABER

Lectora, lector, este libro le interesará si usted quiere saber:

- Por qué empezó la Guerra Fría.
- Qué relación tuvo con la descolonización.
- Cómo se deshicieron los imperios francés y británico.
- Qué fue la *détente* (distensión).
- Por qué se alejó la China comunista de la Unión Soviética.
- Cómo se intentó frenar la carrera atómica.
- Cuál ha sido la evolución de Oriente Medio desde la descolonización.
- Por qué se inició el neoliberalismo en Estados Unidos y de allí se exportó a otras partes del mundo.
- Por qué se hundió la Unión Soviética.

LA PRIMERA GUERRA FRÍA (1948-1962)

Introducción

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945, las relaciones entre los aliados angloamericanos se fueron deteriorando a lo largo de los tres años siguientes hasta llegar a una situación prebélica en el verano de 1948, generadora de lo que se ha conocido como Guerra Fría.

1945-1948: los orígenes europeos

En los tiempos de la Guerra Fría, tanto los historiadores del bloque del Este como los del bloque occidental intentaban demostrar que el conflicto era producto de una cadena de acciones y reacciones, cuyo primer culpable siempre era el adversario. Este tipo de argumentación era posible precisamente por-

que nunca existió un culpable. La Guerra Fría fue sobre todo el producto de un ambiente y no de una sucesión de agravios perfectamente ordenados.

La relación de desconfianza entre las potencias

El ambiente que prevalecía en Europa una vez se hubo acabado la Segunda Guerra Mundial era de recelo e incluso de miedo. Norteamericanos y soviéticos habían quedado unos frente a otros en Europa, y sus ejércitos se habían repartido la ocupación del continente. La Administración de los países que habían sido vencidos y divididos –Alemania y Austria– era predominantemente militar, no civil.

Lógicamente, los militares de una superpotencia y de otra no siempre se entendían bien entre ellos; al fin y al cabo, no eran políticos. Por lo tanto, después de salir del enorme trauma que significó la Guerra Mundial, la más devastadora vivida hasta entonces, el ambiente de guerra se prolongó.

En principio se habló de un desarme acelerado de las dos partes, pero pronto surgieron los recelos por las armas de última generación que se habían probado durante la contienda, o por el destino de las que se habían capturado al enemigo. Lo que más pesaba era el hecho de que los norteamericanos tuvieran la nueva arma nuclear, y los soviéticos, no. Stalin estaba obsesionado y atemorizado por esta carencia en sus arsenales.

Después de constatar las pocas cosas que sabían el uno del otro, empezaron las maniobras entre bastidores para conseguir información. Los prejuicios ideológicos también contaban en este deterioro. Algunos teóricos soviéticos profetizaban que el hundimiento del capitalismo estaba cercano y que se produciría en forma de un enorme colapso económico: una versión gigantesca de la Gran Depresión.

Los norteamericanos se dejaron impresionar por la conciencia de que el mundo prebélico se había hundido y de que ellos asumían el papel decisivo en el proceso de reconstrucción. En realidad, se puede decir que la Guerra Fría fue producto de la incertidumbre del momento, más que de una voluntad declarada de enfrentamiento entre las potencias.

La guerra civil griega y la doctrina Truman

Algunos conflictos y malentendidos eran incluso una mera continuación de la Guerra Mundial. Este fue el caso de la guerra civil griega, la última gran guerra en toda regla que se desarrolló en el continente europeo hasta las crisis yugoslavas de final de siglo.

Durante la ocupación alemana, las partidas guerrilleras griegas que combatían al invasor se habían polarizado alrededor de dos grandes grupos: el EDES, promonárquico y derechista, y el ELAS, comunista. Estos dos grupos, que dominaban extensas zonas del interior montañoso, se enzarzaron en una lucha fra-

tricida. Grecia fue el único país en el que, una vez acabada la Segunda Guerra Mundial, los enfrentamientos entre facciones del mismo país continuaron.

Después del final de la Segunda Guerra Mundial y con la llegada de tropas británicas, que permanecieron en el país para salvaguardar el orden y alejar el peligro de que los comunistas tomaran el poder, se produjo un paréntesis en la guerra civil. Pero en el verano de 1946, los intentos de la derecha de reponer al rey fortalecieron nuevamente la contienda. Al retomarse las actividades bélicas en 1946, el Gobierno británico, empobrecido hasta el punto de renunciar al control de la India y Palestina, se declaró incapaz de continuar implicado en Grecia. Con sorpresa general, los norteamericanos tomaron el relevo. El 12 de marzo de 1947, el presidente Truman pronunció un discurso, en el que se comprometía a «luchar contra el comunismo fuera donde fuera que surgiera en el mundo». Este fue el origen de la llamada doctrina Truman de contención del comunismo y uno de los precedentes más directos de la Guerra Fría.

La responsabilidad yugoslava

Si ingleses y norteamericanos daban tanta importancia a la guerra civil griega, era porque suponían que Moscú estaba ayudando y alentando a los comunistas griegos. Esta fue una de las suspicacias características de la época. En realidad, Stalin continuaba

dispuesto a respetar los acuerdos con Churchill, entre otras cosas porque Grecia no merecía el riesgo de tener problemas serios con las potencias occidentales. El gran objetivo del dictador era la socialización de Alemania.

Quien sí que estaba suministrando ayuda por su cuenta a los guerrilleros comunistas griegos era la Yugoslavia comunista.

Como en el caso de Grecia, en Yugoslavia la resistencia guerrillera contra el invasor alemán había degenerado en una guerra civil entre comunistas y monárquicos derechistas. Pero en Yugoslavia, la victoria militar había sido para los partidarios comunistas, liderados por el carismático Josip Broz, denominado Tito. Esta victoria sin casi ninguna ayuda del exterior generó un régimen comunista que se sentía heredero ideológico de la Unión Soviética, pero que a la vez se sentía notablemente soberano respecto a la tutela soviética, como había sido la norma en otras repúblicas populares que aparecieron en la Europa del Este entre los años 1947 y 1948.

En este contexto, no es extraño que Tito y los nuevos dirigentes comunistas yugoslavos tuvieran ambiciones propias para extender el comunismo a escala balcánica. En un panorama de repúblicas federadas, Yugoslavia podría tener un papel rector parecido al que ejercía Rusia respecto al resto de las repúblicas de la URSS.

La decisión titista de ir por este camino era tan firme que Belgrado se hizo el desentendido ante las ad-

vertencias de Moscú para que Yugoslavia no se implicara de manera tan profunda en la guerra civil griega. Tito rechazó este y otros intentos de control soviético y la tensión llegó a ser tan extrema que en junio de 1948 Yugoslavia fue excluida de la Kominform. La ruptura constituyó el primer cisma de la historia entre estados comunistas, y dejó a Yugoslavia aislada de la Unión Soviética y del resto de los países del bloque comunista.

El Plan Marshall

Como parte de su implicación en la guerra civil griega, los norteamericanos invirtieron 400 millones de dólares en una masiva ayuda financiera a Grecia y a Turquía. Muy pronto esta ayuda se extendió también a otros países europeos.

La operación, que se conoce como Plan Marshall –por el nombre del secretario de Estado que la aplicó–, consistía en un entramado de préstamos a bajo interés, ayudas a fondo perdido y ventajosos acuerdos comerciales. La ayuda iba destinada a un total de dieciséis países, y se tenía que aplicar en un periodo de cinco años. También se emprendieron acciones para recortar la inflación y equilibrar las balanzas de pago. Además, para distribuir las ayudas y facilitar el intercambio entre países, se creó uno de los primeros organismos paneuropeos: la Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE).

George C. Marshall, de comandante a premio Nobel

Miembro del ejército de Estados Unidos desde 1901, George C. Marshall ascendió rápidamente de comandante a jefe del Estado Mayor de un cuerpo del ejército durante la Primera Guerra Mundial. En 1939 fue nombrado jefe del Estado Mayor, cargo desde el cual modernizó completamente el ejército norteamericano. Durante la Segunda Guerra Mundial continuó ejerciendo este cargo, y fue uno de los artífices de la unificación del mando aliado. En 1945 dejó las fuerzas armadas y fue nombrado embajador en China. Dos años más tarde se hizo cargo de la Secretaría de Estado, cargo desde el cual elaboró el famoso plan de ayuda económica a los países de Europa que lleva su nombre. Dimitió en 1949 y durante un breve periodo de tiempo, en 1950, fue secretario de Defensa. En 1953 recibió el Premio Nobel de la Paz.

Parte del esfuerzo se explicaba por razones meramente macroeconómicas: la economía norteamericana había acabado de superar los efectos de la Gran Depresión gracias al esfuerzo productivo que había llevado a cabo durante la guerra, y para mantener el pulso necesitaba un cliente –que a la vez fuera socio– con la capacidad de Europa. Por ello se empeñó en hacerla salir de la ruina muy pronto.

El Plan Marshall no fue la única causa de la recuperación europea, como se ha repetido tantas veces. Esta teoría es insuficiente sobre todo para explicar algunos despegues individuales, especialmente en el caso de Alemania e Italia. De todos modos, cumplió bien su principal objetivo ideológico, que era contrarrestar lo que entonces se consideraba la amena-

za del comunismo en los países occidentales, cuyas poblaciones se debatían en la miseria de la posguerra. La promesa de ayudas fue la palanca que sirvió, por ejemplo, para erradicar los partidos comunistas de algunos gobiernos de coalición en la Europa occidental. Pero también hubo objetivos con un alcance sociológico mayor, como el apuntalamiento de la democracia fomentando la proliferación de las clases medias. Era una conclusión que habían dejado asentada, en líneas generales, los estudios de psicología social, sociología y antropología que se habían iniciado en las universidades americanas durante la guerra, como parte del esfuerzo bélico.

En cualquier caso, el Plan Marshall también se extendió a la zona de Alemania bajo ocupación americana, británica y francesa, lo cual implicaba la integración plena en el área de influencia económica occidental, y contradecía lo que se había acordado en Potsdam en cuanto a crear una Administración central interaliada para toda Alemania. Está claro que los angloamericanos podían responder, a su vez, que los soviéticos estaban imponiendo una alianza entre socialistas y comunistas en su zona de ocupación para impedir el desarrollo de otros partidos políticos.

Principales beneficiarios del Plan Marshall

País	Total en millones de dólares	Porcentaje sobre el total de las ayudas
Gran Bretaña	3.165	25,3%
Francia	2.629	21,1%

País	Total en millones de dólares	Porcentaje sobre el total de las ayudas
Italia	1.434	11,5%
RFA	1.317	10,5%
Holanda	1.078	8,6%
Austria	653,8	5,2%
Grecia	628	5%
Bélgica-Luxemburgo	546,6	4,4%
Dinamarca	266,4	2,1%
Noruega	241,9	1,9%
Otros	515,4	4,1%

El Plan Marshall supuso un importante catalizador del enfrentamiento Este-Oeste. La manifestación más visible de este enfrentamiento fue el llamado golpe de Praga, que condujo a los comunistas al poder en Checoslovaquia (febrero de 1948). Este era el último estado de la Europa oriental que pasaba a orbitar alrededor de la Unión Soviética, después de forzar elecciones u organizar golpes políticos en Polonia, Hungría, Rumanía o Bulgaria. Checoslovaquia, no obstante, era considerado el más occidental de todos los países del Este, y una pieza geoestratégica importante.

La constitución del bloque del Este

En mayo de 1945, después del final de la guerra, Stalin no tenía claro qué paso tenía que dar a conti-

nuación. Durante los años treinta, la teoría del «socialismo en un solo país» estipulaba que la revolución se tenía que producir en la Unión Soviética antes de extenderla al resto del mundo. Pero en 1945, con Alemania destruida como potencia, y con la mitad de su territorio ocupado por los soviéticos, renacía la posibilidad de extender la revolución por toda Europa.

Stalin siempre había pensado que la clave para extender la revolución era Alemania: si este país se hacía comunista, el resto de Europa seguiría inevitablemente este camino. Además, durante la guerra, los comunistas habían ganado posiciones políticas importantes en Francia y en Italia, debido al importante papel que habían tenido en la resistencia antifascista. Y la Unión Soviética disfrutaba de un enorme prestigio en Europa, gracias a su decisiva contribución a la derrota de la Alemana nazi.

En el otro lado de la balanza, sin embargo, existían temores. De momento, los norteamericanos tenían en exclusiva la bomba atómica, cuyo poder destructivo, probado en los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, había impresionado profundamente a Stalin. Este no estaba dispuesto a una nueva guerra contra los occidentales, aunque fuera estrictamente convencional: la Unión Soviética había vencido a los alemanes, pero era dudoso que tuviera fuerzas para un nuevo enfrentamiento armado a gran escala. Por lo tanto, forzar la situación en la Europa del Este o en Alemania para instaurar regímenes comunistas podía ser muy peligroso.

También se debe tener en cuenta que convertir en comunistas a los países de la Europa oriental era una experiencia incierta en sí misma. Desde que se había fundado, la Unión Soviética había sido una potencia aislada, replegada en sí misma. Para decirlo coloquialmente, se había salvado del «contagio ideológico», de comparaciones y preguntas que habrían podido hacer pensar al pueblo soviético. Intentar transformar ideológicamente tanto a los países del este como a los del centro de Europa implicaba un riesgo, puesto que habían vivido durante muchos años en pleno mundo capitalista, especialmente Alemania y Checoslovaquia. Pero la estrategia también contaba. Stalin pensaba que si conseguía transformar los países de la Europa del Este en aliados, se convertirían en un cinturón defensivo de la Unión Soviética.

Con todos estos pros y contras en la balanza, Stalin decidió actuar en el este con firmeza pero cautamente. Tanto Moscú como el ejército rojo, que ocupaba los diferentes países, apoyaron a los partidos comunistas locales. De todos modos, las cosas no se podían hacer de un día para otro, y la implantación plena de los regímenes comunistas en el este fue todo un proceso relativamente largo, que en conjunto duró casi cuatro años. La idea de que existieron planes precisos y elaborados con cuidado para implantar el comunismo en los países del este es una exageración propia de los tiempos de la Guerra Fría. En realidad, cada país o grupo de países siguió una dinámica pro-

pia más o menos rápida, y desde Moscú, Stalin actuó con un grado de improvisación bastante significativo.

A la larga, en todos estos países los comunistas desarrollaron tácticas parecidas para llegar al poder. Por ejemplo, organizaron frentes populares o patrióticos con otros partidos para asegurarse la mayoría en las elecciones. Más adelante, cuando ya no eran útiles, los socios eran expulsados o abandonados. Incluso se recurrió a prácticas nada democráticas, como por ejemplo, la manipulación de los censos o de las urnas y la retirada del voto a ciudadanos de la oposición, además de la detención y de los juicios arbitrarios a los adversarios políticos.

Dado que el objetivo de los comunistas era implantar una dictadura del proletariado, el fin justificaba perfectamente los medios. Pero la clave de la situación era la disciplina y la organización de los comunistas, que contrastaba con la del resto de los partidos, incluyendo los socialistas. Esto les permitía aguantar sin fisuras en momentos difíciles o pedir sacrificios a los militantes, a la vez que podían desarrollar con eficacia la práctica de infiltrarse o controlar todo tipo de organizaciones populares, desde sindicatos hasta entidades culturales o ayuntamientos.

En unos países arrasados o desorganizados a causa de la guerra, los comunistas demostraron una eficacia que, a pesar de que no siempre desveló simpatías, les hizo ganar apoyos. Contrastando con esto, los partidos de centroderecha en la Europa del Este estaban desgastados o desorganizados: habían sufrido

los efectos de la guerra, y también la ocupación y la represión de los nazis. En algunos casos, ya estaban desprestigiados desde antes de empezar la contienda, puesto que en la mayoría el régimen que imperaba a finales de los años treinta era la dictadura.

Así pues, con unos medios o con otros, los comunistas del este de Europa fueron conquistando parcelas de poder más o menos extensas. Y en julio de 1947, coincidiendo con el lanzamiento del Plan Marshall, cuya faceta de programa anticomunista alarmó a Stalin, la situación dio un tumbo importante y la Unión Soviética obligó a todos los países del Este a rechazar la oferta norteamericana. Una vez rechazada la oferta, en cada uno de estos países los partidos comunistas pisaron el acelerador en la carrera hacia el poder y dejaron atrás todo tipo de escrúpulos. En consecuencia, un año más tarde, la mitad oriental de Europa ya eran «repúblicas populares» o «socialistas» dependientes del poder de Moscú. El último estado en el que triunfó el nuevo régimen fue Checoslovaquia.

El bloqueo de Berlín

Para que el Plan Marshall fuera eficaz en la mitad de Alemania ocupada por los occidentales, la economía se tenía que volver a reestructurar y, para ello, era necesario que existiera una moneda propia. Así, las

autoridades de ocupación angloamericanas y francesas permitieron la refundación del *Deutschmark* como moneda alemana.

Tres días más tarde, los soviéticos aislaron la zona occidental de ocupación de Berlín por vía terrestre (23 de junio de 1948). El sector de ocupación anglofrancoamericano (Berlín oeste) quedó cerrado en plena zona de ocupación soviética, a 160 kilómetros del punto más cercano de la frontera, es decir, la zona americana de ocupación de Alemania. Casi inmediatamente, británicos y norteamericanos organizaron un puente aéreo de abastecimiento, que suministró durante casi once meses los productos para cubrir las necesidades diarias de una ciudad con 2,5 millones de habitantes. Teniendo en cuenta la escasa capacidad de los aviones de transporte de la época, el puente aéreo de Berlín fue toda una proeza tecnológica. Pero sobre todo, constituyó, junto con el Plan Marshall, toda una demostración de los esfuerzos que implicaría la Guerra Fría. Finalmente, los occidentales ganaron el pulso a los soviéticos, que no estaban dispuestos a llegar a la guerra.

El bloqueo de Berlín tuvo como consecuencia directa la creación del Tratado del Atlántico Norte en abril de 1949. Esto, a la vez, significaba que Estados Unidos, adalides del proyecto, renunciaban formal y permanentemente a la política de aislacionismo militar.

La enconada disputa por Berlín fue en sí misma la expresión de un empate: la repentina desapari-

ción de Alemania como gran potencia regional había dejado un enorme agujero en el centro de Europa, que soviéticos y occidentales solo supieron llenar con un rompecabezas de sectores militares de ocupación. Esta contradicción marcaba toda la situación continental. Por este motivo Berlín tiene tanta importancia como referente simbólico.

LA APOTEOSIS (1949-1953)

Introducción

Los escenarios que condujeron a un punto de rápida y violenta exasperación durante los primeros meses de la Guerra Fría no eran solamente europeos. La victoria de las tropas comunistas en China frente al ejército nacionalista del Guomindang fue una gran conmoción (1949). El hecho causó más impacto en Estados Unidos que en Europa, ya que los norteamericanos mantenían desde siempre vínculos especialmente directos con China, situada para ellos al otro lado del océano Pacífico.

Los acontecimientos de China impulsaron a Estados Unidos a intervenir en 1950 en la Guerra de Corea para parar el avance del comunismo en Asia. El año 1953 supuso grandes cambios dentro del bloque comunista. La muerte de Stalin hizo que empezara una nueva era en la Unión Soviética, cuyo impacto

fue considerable en los estados satélites. La revolución de Hungría es una prueba fehaciente de ello.

Los comunistas mandan en China

Durante la Segunda Guerra Mundial, el peso de China en la guerra contra los japoneses fue totalmente secundario. El ejército del Guomindang estaba mal preparado; muchos de sus oficiales eran ineficaces o corruptos. Pero sobre todo, el generalísimo Chiang Kai-shek demostraba que el enemigo que más le preocupaba no eran los japoneses, sino los comunistas chinos. Aunque en otra escala, el escenario era sustancialmente el mismo que en Grecia, Yugoslavia y otros países europeos invadidos durante la Segunda Guerra Mundial.

En China, el movimiento comunista había crecido durante los años de entreguerras, favorecido por las desigualdades sociales en el campo y por la disgregación del Estado. En medio de las luchas anárquicas entre los «señores de la guerra», los comunistas fueron controlados en 1931 en la provincia de Jiangxi, en el centro de China. Tres años más tarde fueron expulsados por el ejército del Guomindang, dirigido por Chiang Kai-shek. Después de la épica Larga Marcha, que duró dos años, los comunistas consiguieron escapar y llegar a Shaanxi, una remota e inaccesible región del noreste.

La guerra contra los japoneses fue una segunda oportunidad para los comunistas chinos. La atención de Chiang se concentró en esta guerra, y el Partido Comunista Chino creció, se organizó y se rearmó con los arsenales capturados de los japoneses. Cuando acabó la Segunda Guerra Mundial, los comunistas chinos ocupaban una zona importante en el norte del país y disponían de un líder carismático: Mao Zedong.

Chiang estaba impaciente por eliminar a los comunistas, pero sus aliados norteamericanos no estaban tan entusiasmados. Se habían desilusionado con el generalísimo chino, sus corruptos lugartenientes y sus líos. Stalin tampoco tenía buen concepto de los camaradas comunistas chinos. En parte, por un problema de animadversión de base histórica e incluso racial: las antagónicas culturas de chinos y rusos habían topado numerosas veces durante los largos años de lucha por el control del Asia central. Este alejamiento se había trasladado a las ambivalentes relaciones entre los partidos comunistas soviético y chino durante los años de entreguerras. Además, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Stalin ya tenía bastante trabajo intentando integrar en la órbita soviética a los países del este de Europa, como para pensar en entrometerse en los asuntos de la enorme China.

Por ello, tanto Moscú como Washington intentaban evitar la guerra civil en China, y llegaron al extremo de forzar a Chiang y a Mao a formar un gobierno

de coalición en octubre de 1945; una experiencia que muy pronto se desintegró. En julio de 1946, Chiang empezó la guerra contra los comunistas. Pero después de una serie de victorias iniciales, sucedió algo inesperado: los multitudinarios ejércitos nacionalistas empezaron a perder la contienda y a disolverse en solo cuatro meses y medio. Entre septiembre de 1948 y enero de 1949, los nacionalistas de Chiang perdieron casi la mitad de sus fuerzas. Con una enorme energía, las tropas de Mao, organizadas y bien dirigidas, consiguieron conquistar en tres años un inmenso país de 500 millones de habitantes. A comienzos de la Guerra Fría, el comunismo parecía una fuerza literalmente imparable, cuyos éxitos no sabían cómo explicarse en Occidente.

La guerra de Corea y las Naciones Unidas

En el otoño de 1949, la proclamación de la República Popular China coincidió con la noticia de que los soviéticos ya tenían la bomba atómica: Estados Unidos había perdido el monopolio del arma nuclear. Este hecho coincidió con el descubrimiento, durante el periodo de 1948-1950, de varios escándalos de espionaje a favor de los soviéticos en Estados Unidos, algunos de los cuales estaban relacionados con la bomba atómica.

En este ambiente se encendió la histeria anticomunista alentada por el senador Joe McCarthy, presidente del Comité de Actividades Antiamericanas, que en febrero de 1950 hizo pública la sospecha de que en el Departamento de Estado había un complot comunista. Durante cuatro años, y siguiendo la política anticomunista del senador McCarthy, se sucedieron acusaciones, denuncias e investigaciones en varios ámbitos de la administración, la política y las artes, especialmente en el cine. Es lo que se conoce como la caza de brujas.

Por lo tanto, cuando en el mes de junio de 1950 las tropas de Corea del Norte invadieron Corea del Sur, Estados Unidos decidió intervenir en el conflicto. Con esto pretendían defender a Japón, vecino de la zona agredida, y demostrar que el caso de China no se volvería a repetir.

Corea, antigua colonia japonesa independizada en 1948, había sido dividida en una zona comunista de influencia soviética al norte, y otra sostenida políticamente por los norteamericanos al sur. Pero la división no era debida a la voluntad explícita de Washington o Moscú: no había planes preconcebidos, como había sucedido con Alemania. La consolidación de las dos zonas se produjo cuando dos líderes coreanos se reafirmaron en su posición política: uno comunista –Kim Il-sung– al norte, y otro de derechas –Syngman Rhee– al sur. Era un ejemplo más de la política de partición nacida de las ocupaciones mili-

tares de la Segunda Guerra Mundial y de los hechos consumados de la Guerra Fría.

Cuando después de un periodo de tensiones la guerra estalló, el Consejo de Seguridad de la ONU decidió una intervención armada para apoyar a la República de Corea del Sur, aprovechando la ausencia del delegado soviético, que tenía derecho de veto. Después de los éxitos iniciales y de la contrainvasión de Corea del Norte, la contienda se complicó con la intervención de tropas chinas en el mes de octubre. Siguieron una ofensiva comunista y otro contraataque de las Naciones Unidas. Después, la situación se equilibró y se iniciaron las conversaciones de paz. Aun así, los contendientes se pelearon todavía durante muchos meses para imponerse con sus conquistas en la mesa de negociaciones.

La guerra de Corea (1950-1953) fue la primera gran intervención militar de fuerzas de las Naciones Unidas. Pero sobre todo, fue la primera y única gran contienda convencional que hubo entre ejércitos comunistas y occidentales. Los norteamericanos en particular quedaron muy impresionados por la dureza de los combatientes comunistas. Todo esto acrecentó todavía más las actitudes extremistas en Estados Unidos.

Desde otro punto de vista, la decisiva participación de China en el conflicto fue una sorpresa para las fuerzas de las Naciones Unidas, puesto que solo hacía un año que los comunistas habían tomado el poder. La intervención supuso que Moscú recono-

ciera plenamente el estatus de potencia revolucionaria de China.

En cuanto a Stalin, es bastante controvertido el grado de conocimiento previo que tenía sobre los planes de Kim Il-sung. Unos documentos encontrados recientemente parece que prueban que conoció y aprobó con antelación las intenciones belicosas del dictador norcoreano. Pero esto no explica satisfactoriamente la ausencia del delegado soviético en el Consejo de Seguridad, que permitió la intervención de las Naciones Unidas en la guerra, intervención que se habría podido evitar fácilmente en virtud del derecho de veto.

Stalin muere

El final de la guerra en Corea estaba relacionado con la muerte de Stalin, que tuvo lugar en marzo de 1953. Esta desaparición tuvo unas repercusiones muy importantes en la marcha de la Guerra Fría, que había empezado bajo la férula estalinista.

El PCUS tomó las riendas del poder en la URSS, y sus relativamente jóvenes líderes decidieron imponer una dirección colegiada. El problema era cómo liberar el sistema sin hacer crujir las estructuras. A pesar de que sometidas al arbitrio de Stalin, las maquinarias del Estado y del partido habían crecido en magnitud y complejidad durante los anteriores veinte años. Además, la operación de desestalinizar el siste-

ma era delicada, puesto que la mitad de la burocracia había actuado contra la otra mitad durante las purgas estalinistas. En estas condiciones, los procesos de reinserción y reconciliación tenían que ser forzosamente discretos y silenciosos.

Así pues, no es extraño que la lucha por la sucesión se convirtiera en una pugna enrevesada entre camarillas difíciles de definir. Los dos candidatos más importantes que aspiraban a llegar al poder supremo, Jruschov y Malenkov, estaban enfrentados, pero ni siquiera en aquel momento acababa de quedar claro el significado político que tenían uno y otro: ni Jruschov fue el liberador decidido ni Malenkov, el conservador. Sus papeles se pueden intercambiar según cómo se enfoquen algunas de las acciones que llevaron a cabo.

Jruschov se impuso definitivamente en 1958 a partir de la denuncia de los crímenes de Stalin hecha en una sesión secreta del XX Congreso del PCUS el 14 y 15 de febrero de 1956, y de su decidida actuación ante la crisis húngara, sin que esto supusiera la intervención occidental. Así, la victoria de Jruschov marcó el comienzo de lo que se denominó la desestalinización, es decir, el derribo de los restos del régimen estalinista.

Pero la muerte de Stalin y el proceso de liberación en la Unión Soviética habían inquietado a los líderes proestalinistas, los «pequeños Stalin» establecidos en las repúblicas del este de Europa que orbitaban alrededor de Moscú. Las resistencias locales a los tí-

midos intentos de liberación generaron tensiones en todo el bloque ya desde 1953. Aquel mismo año hubo disturbios obreros en el Berlín oriental y en Pilsen (Checoslovaquia). Parecía claro que la muerte de Stalin conducía a cierto relajamiento.

En Hungría, la represión ejercida por los estalinistas locales, como Mátyás Rákosi o Ernö Gerö, se hizo insoportable. El régimen húngaro era tan rígido que las primeras manifestaciones de intelectuales y estudiantes colapsaron el sistema, y el intento de liberación sobre la marcha lo desestabilizó completamente. En una semana se había formado un gobierno de coalición basado en el pluripartidismo, pero la intervención del ejército soviético restauró el régimen a costa de unos cuantos miles de muertos y refugiados.

Si los húngaros habían llegado tan lejos, era porque confiaban en la ayuda militar occidental después de casi una década de dialéctica amenazante de Guerra Fría. Pero ni las potencias europeas ni Estados Unidos, bajo la coraza de la Administración Eisenhower, movieron un solo dedo. Se había respetado el principio de no-injerencia en los asuntos del bloque soviético.

LA PRIMERA DESCOLONIZACIÓN (1945-1956)

Introducción

De la Segunda Guerra Mundial, surgió una situación de no-retorno para los imperios coloniales europeos. Las potencias del Eje (especialmente Japón) habían planteado un esquema anticolonial que, aunque después se comprobó que era una pantalla para su propio imperialismo, agitó bastante el *statu quo* anterior a la guerra para que ya durante la contienda soviéticos y norteamericanos coincidieran en impulsar un discurso de liberación nacional.

De este modo se cerró un triángulo de relaciones entre las tres grandes potencias líderes del bando aliado, que quedaba configurado de la manera siguiente: la voluntad de soviéticos y norteamericanos de favorecer las libertades nacionales; la coincidencia de británicos y norteamericanos en una definición internacional de las libertades, siguiendo una tradición libe-

ral esencialmente angloamericana (que había quedado patente en la Carta Atlántica), y la coincidencia anglorrusa de aplicar la *Realpolitik* en la resolución de aspectos concretos en determinados conflictos de zona, cuya manifestación más célebre fue la conferencia de Moscú entre Churchill y Stalin, en 1944.

La descolonización era un desafío, y esto, en la inmediata posguerra, generaba cierta cautela tanto en Moscú como en Washington. Esta lógica prudencia fue aprovechada por las potencias imperialistas europeas: primero por los británicos y después, en su misma línea, por los franceses, los holandeses y los belgas.

El objetivo de todos ellos era prolongar todos los viejos imperios tanto como se pudiera. Inicialmente, y de una manera implícita, incluso se llegó a formar un frente unido que tuvo éxito porque las situaciones en la periferia colonial quedaron muy pronto supeditadas a las tensiones europeas que generaba la inminencia de la Guerra Fría.

Washington no tardó en adoptar una gran precaución ante el tema colonial, y examinó caso por caso, teniendo en cuenta, sobre todo, que en algunos territorios la lucha de liberación nacional era de claro signo comunista.

El final de los imperios europeos

Era evidente que Estados Unidos mantenía su preferencia por el desmantelamiento de los viejos imperios esencialmente por dos motivos. Primero, porque era el impulsor principal de la filosofía de las Naciones Unidas, y esto implicaba conformar un sistema de estados cuanto más amplio mejor, para crear así un gran foro que alejara el peligro de los totalitarismos: el gran proyecto de Roosevelt continuó vivo con Truman. Y segundo, los norteamericanos defendían a ultranza el libre cambio, y los imperios favorecían las situaciones de proteccionismo, algo poco conveniente cuando la maquinaria industrial de Estados Unidos pretendía mantener los niveles productivos que se habían logrado durante la guerra y necesitaba un mercado lo más extenso posible. Los soviéticos coincidían en pensar que los imperios no eran sino un estorbo para sus nuevas capacidades expansivas, puesto que se consideraban líderes mundiales de la revolución socialista.

Para las potencias coloniales, la situación era de quiebra económica: la guerra las había arruinado a todas sin excepción, lo que obligaba a tomar decisiones ante el destino de los imperios. En principio, la opción era clara. Todavía existían las consideraciones de los años de entreguerras, consolidadas durante la Gran Depresión, cuando se pensaba que las riquezas de los territorios ultramarinos y sus mercados eran la mejor garantía contra las épocas de crisis en la me-

trópolis. No obstante, el problema era que en la inmediata posguerra la imagen de sumisión colonial ya formaba parte del pasado. Desde el sudeste asiático hasta el Oriente Próximo, prácticamente en todas las colonias y mandatos, las potencias europeas se tenían que enfrentar a situaciones de revueltas independentistas más o menos agudas.

La opción británica

A pesar de que estaba en el bando de los vencedores, en 1945 Gran Bretaña estaba arruinada. Esto explica en gran parte la decisión de la mayoría de los británicos de votar por una opción política pragmática, como la laborista. Una vez hubo llegado al Gobierno, Clemente Attlee hizo aprobar en menos de un año 75 leyes importantes de un amplio programa de nacionalizaciones y protección social. Se nacionalizó la aviación civil y buena parte de los transportes, la minería del carbón, la siderurgia, el suministro eléctrico y de gas, y otras muchas empresas. Pero sobre todo, se puso en marcha un avanzado sistema de seguridad social (*National Insurance*), que no tardó en convertirse en modélico para el resto de los países europeos. Gran Bretaña, impulsada por la necesidad, creó el primer *Welfare State* (estado del bienestar) propiamente dicho.

En este contexto de penuria, el vasto imperio era una carga que absorbía medio millón de soldados y

miles de funcionarios. El control de disturbios en lugares como Palestina o la India suponía esfuerzos y riesgos políticos que desprestigiaban la imagen de la metrópolis. Los británicos adoptaron una política pragmática: en 1948 ya se habían deshecho de la India, Birmania, Irak y Palestina. Pero la operación se hizo tan apresuradamente que en los casos más conflictivos los británicos no llegaron a articular ningún aparato de estado que consiguiera paliar los desastrosos efectos de una intensa política administrativa, basada en el lema «divide y vencerás» que habían practicado durante años las autoridades coloniales.

Los resultados fueron particularmente desastrosos en la India, que vio cómo los británicos proclamaban la independencia unilateralmente un año antes de la fecha prevista. La consecuencia fue un desbarajuste total cuando los musulmanes decidieron separarse y formar su propio estado, Pakistán. Las venganzas entre hindúes, musulmanes y sikhs se saldaron con más de un millón de muertos solo en tres meses (desde agosto hasta octubre de 1947). Probablemente fue la matanza interétnica no premeditada más grande de todo el siglo XX. En Palestina tampoco se arbitró ningún tipo de consenso político, y los resultados de ello se prolongan hasta hoy en día.

En cualquier caso, las motivaciones de los laboristas británicos no habían sido ideológicas. El objetivo no era la extinción de la idea imperial, sino la corrección del sistema para hacerlo más rentable. Allá don-

de fuese factible, se mantuvieron las colonias, incluso con la fuerza de las armas.

La posición francesa

No todas las metrópolis siguieron el modelo británico. El resto de las potencias colonialistas o bien consiguieron mantener sus posesiones durante algunos años más, o bien las perdieron después de duras guerras, como fue el caso de los holandeses –de sus posesiones en las Indias Orientales surgió la República de Indonesia. El caso más espectacular de resistencia a ultranza, sin embargo, lo protagonizó Francia. Su actitud provocó las dos guerras de descolonización más feroces: la de Indochina y la de Argelia.

Los franceses habían desarrollado su modelo de imperio a partir de un patrón asimilacionista, basado en el racionalismo cartesiano. París exportó a las colonias su modelo de estado, sin paliativos. A pesar de que estaban considerados ciudadanos de segunda, todos los niños del Imperio recibían la misma educación básica que los franceses de la metrópolis. Los adultos servían al ejército como el resto de los ciudadanos, y las leyes eran iguales para todos.

La cohesión del Imperio se basaba en el ideal republicano y en las leyes, lo cual no facilitaba el flexible juego de fidelidades y autonomías organizado por los británicos alrededor de la Corona, una figura política sacralizada y fácilmente comprensible para todos los

pueblos del Imperio. Muchas veces había suficiente con jurarle fidelidad para preservar cuotas importantes de autogobierno: fue el caso de los conocidos maharajás y príncipes indios, que controlaban la mayor parte del territorio de esta colonia. La vinculación personal de los territorios de la Commonwealth a la Corona permitía recurrir a la ambigüedad en beneficio de la estabilidad política.

Francia solo supo apelar a planteamientos legalistas, que a menudo eran puramente teóricos. Esta fue la idea de la Unión Francesa, recogida en la Constitución de la Cuarta República (1946), según la cual los territorios de ultramar perdían la denominación de colonias y se convertían en divisiones administrativas de la República Francesa, una idea aplicada a los últimos restos del Imperio español en tiempos de Franco. Esta innovación seguía la tradición asimilacionista y centralista del Imperio francés: no se hicieron distinciones entre unas colonias y otras; no hicieron ningún tipo de concesión al autogobierno.

En Indochina, después de la derrota japonesa y aprovechando un vacío de poder que las tropas británicas apenas conseguían llenar, los guerrilleros comunistas del Viêt Minh tomaron el poder y proclamaron la independencia de lo que hoy es Vietnam (septiembre de 1945). Las autoridades coloniales francesas, no obstante, se negaron en redondo a pactar con el líder comunista Ho Chi Minh. Los franceses restauraron el poder colonial e instalaron como jefe de Gobierno títere al emperador Bao Dai.

Inicialmente, los franceses pensaban que la guerrilla comunista vietnamita no era un adversario que hubiera que tener en cuenta seriamente. Durante la Segunda Guerra Mundial, las guerrillas habían demostrado que eran un elemento táctico nada despreciable, pero todavía no se pensaba en la posibilidad de que un ejército no regular pudiera ganar una campaña. Hubo que esperar unos cuantos años más para apreciar la capacidad estratégica de un ejército guerrillero. La gran lección llegó con la guerra civil china, que acabó en 1949 con la agobiante victoria comunista.

El Viêt Minh recibió ayuda de la China comunista y empezó a poner en peligro la flor del ejército colonial francés. En París, los gobiernos de la Cuarta República se negaban a enviar soldados de leva a Indochina, y, como resultado, el despliegue de efectivos de las unidades profesionales de élite (la Legión Extranjera, los paracaidistas o los regimientos coloniales) provocó quejas entre los estamentos militares.

El declive final llegó en 1954, cuando el Alto Mando francés, mediante el lanzamiento de paracaidistas, intentó establecer una potente base avanzada en un lugar llamado Dien Bien Phu, en pleno centro del territorio dominado por el Viêt Minh. Pero los comunistas aplastaron las unidades de élite del ejército francés. Ante la magnitud de la derrota, y después de que los norteamericanos desestimaran la utilización de armas atómicas para ayudarlos en el trance, los franceses decidieron acceder inmediatamente a una

conferencia de paz, celebrada en Ginebra en 1954, que puso fin a la primera guerra de Indochina. De esta conferencia surgieron dos estados vietnamitas: uno en el norte, comunista, y otro en el sur, formalmente liberal, que continuaba estando regido por el emperador Bao Dai.

Al trauma de Indochina siguió, sin solución de continuidad, una nueva pesadilla: Argelia, la guerra de descolonización más despiadada, que se prolongó durante ocho años. Argelia era la posesión más antigua de Francia, y en ella se había llevado a cabo un proceso real de colonización, no solamente económico, sino también humano: en 1956 vivían en el país un millón de colonos europeos –conocidos como *pied-noirs*, y que eran sobre todo franceses, españoles y malteses–, sobre una población total de 8.700.000 argelinos musulmanes. Además, era la colonia más cercana a Francia, estaba situada al otro lado del Mediterráneo y compartía incluso una similitud geográfica con el sur de la metrópolis.

Las posesiones africanas habían sido decisivas para asegurar la continuidad del Estado francés durante la Segunda Guerra Mundial. El ejército metropolitano había sido derrotado por los alemanes en 1940, pero las tropas coloniales francesas habían sobrevivido intactas y se pusieron al servicio de De Gaulle y de la Francia libre a partir de 1942. En cierto modo, Francia había acabado en el bando de los ganadores gracias a su imperio, y en esto Argelia y Marruecos habían tenido un papel relevante. Por lo tanto, toda-

vía en los años cincuenta, las colonias se veían como un tipo de reserva política y de supervivencia estatal.

Las consideraciones históricas, sentimentales y políticas se añadieron a las meramente económicas cuando en 1956 se descubrieron yacimientos de petróleo en el Sáhara argelino. La rígida Administración francesa y su actitud de considerar como separatismo cualquier reclamación de derechos por parte de las provincias-colonias contribuyó de manera clara al estallido de la violencia en Argelia. Los argelinos habían aportado a los ejércitos franceses casi doscientos mil soldados, y, a pesar de ello, apenas habían sido favorecidos con mejoras en sus condiciones políticas o económicas. La frustración latía más soterrada de lo que parecía, y en mayo de 1945, coincidiendo con las celebraciones del final de la Segunda Guerra Mundial, se desencadenó una matanza de población blanca en el pueblecito de Sétif.

La respuesta de las autoridades fue desproporcionada: bombardeos en pueblos enteros, fusilamientos sin juicio y mano libre para la venganza de los colonos *pied-noirs*. La cifra de muertos que hubo entre la población argelina musulmana todavía hoy es especulativa, a pesar de que seguramente fue superior a las diez mil personas. La sociedad argelina musulmana quedó tan deshecha por la represión que en los años sucesivos no se volvió a producir ninguna protesta significativa. Sin embargo, muchos soldados argelinos que habían servido al ejército francés en Europa durante la Segunda Guerra Mundial acabaron for-

mando los cuadros del llamado Frente de Liberación Nacional (FLN), que en 1954 se lanzó a la insurrección contra el dominio colonial. La revuelta argelina sorprendió a los franceses en un momento amargo: en plena asimilación de la derrota sufrida en Indochina.

En realidad, buena parte de las unidades retiradas del Extremo Oriente fueron enviadas a Argelia, embarcadas en una guerra colonial. Después de un panorama de derrotas militares sucesivas que arrancaban de 1940, los militares franceses estaban decididos a no detenerse ante nada para poder conservar Argelia. En 1956, los desórdenes y el terrorismo habían desembocado en una guerra abierta, y la guarnición francesa en Argelia, estimada en 200.000 hombres, se duplicó a lo largo de aquel año. La independencia de Marruecos y de Túnez (1956) contribuyó a hacer que el conflicto adquiriera mayor magnitud, puesto que desde todos estos países, y desde Egipto, llegaban armas y combatientes para el FLN.

Mientras tanto, en París, la Cuarta República francesa se hundía, víctima de las inacabables crisis políticas de los gobiernos. Era una situación muy delicada puesto que, en Argelia, la élite militar se quejaba de la debilidad de los políticos. De hecho, el estamento castrense disponía de tantas atribuciones en Argelia que el poder estaba prácticamente en sus manos. En mayo de 1958, gracias al apoyo de los *pied-noirs*, los militares tomaron el control de la colonia e instauraron un comité de salvación pública dirigido por el

general Massud. Ante el temor de un posible golpe de estado, el general De Gaulle, que había abandonado el poder en 1947 en protesta por cómo se había creado la Cuarta República, asumió el poder como presidente de la República.

La enorme autoridad moral que el general De Gaulle tenía entonces, junto con su innegable habilidad como político, sirvieron para desactivar la crisis, a pesar de que se tuvo que redactar la Constitución que dio paso a la Quinta República. Se produjo un nuevo intento militar de golpe de estado (en abril de 1961), y apareció un brote de terrorismo ultranacionalista, la OAS (Organisation de l'Armée Secrète), cuyo objetivo era evitar la cesión de Argelia. A pesar de todo, en 1962 Francia salió del mal paso accediendo a la autodeterminación argelina: el domingo 1 de julio de 1962 el pueblo argelino votó por la independencia. Después de seis años de guerra, el 8 de enero de 1961 los ciudadanos franceses habían aceptado en un referéndum la autodeterminación para Argelia, que precedió a la firma de los acuerdos de Evian entre Francia y el FNL.

La crisis de Suez

Mientras se producía la guerra de Argelia, se desencadenó una grave crisis internacional en Egipto, que tuvo como protagonistas principales a Gran Bre-

taña, Francia e Israel, aunque la fuerza decisiva corrió a cargo de Estados Unidos. La llamada crisis de Suez fue otra consecuencia del proceso descolonizador. Egipto se había independizado de Gran Bretaña en 1936, pero durante la Segunda Guerra Mundial las tropas británicas defendieron el canal de Suez ante la ofensiva alemana por el norte de África. A partir de 1948, la independencia de Israel y la primera guerra en aquella zona de Oriente Medio favorecieron poderosamente el resurgimiento del nacionalismo panarabista.

En 1952, ya plenamente recuperada la independencia, un grupo de oficiales nacionalistas llevó a cabo un golpe de estado que derrocó al corrupto rey Faruk I. El cerebro y el motor del nuevo régimen era el primer ministro, el coronel Gamal Abdel Nasser. La presidencia recayó en este hombre a partir de 1954, y desde entonces se convirtió en un líder cada vez más carismático. El nuevo líder egipcio promovió la política de no-alineación con ninguna de las superpotencias de la Guerra Fría, y se dedicó a fomentar el arabismo en todo Oriente Medio y hasta en todo el Magreb. También apoyó a varios movimientos anticoloniales en África, como el FLN argelino.

A pesar de que las potencias occidentales veían con recelo estas tendencias, y también sus flirteos con los países del Este, le concedieron créditos para construir la presa de Assuan, una obra faraónica que tenía que regular las crecidas del Nilo y suministrar energía eléctrica para la industrialización de Egipto.

Aun así, en 1956 y ante su acercamiento a los países del Este, los americanos cancelaron estos créditos. Nasser contraatacó con la nacionalización de la Compañía Anglofrancesa del Canal de Suez con el pretexto de que así obtendría los fondos necesarios para que saliera adelante la obra. Además, anuló el tratado internacional de 1888, por el cual se garantizaba la libertad total de navegación para todos los países, hecho que apuntaba a Israel.

La furia de París y Londres se combinaba con el miedo a que las prácticas nacionalizadoras de Nasser fueran imitadas por las colonias que habían logrado la independencia o por las que estaban en camino de hacerlo. En 1956 todavía había pocos nuevos estados independientes, y con una mentalidad imperialista más bien propia del siglo XIX, ingleses y franceses decidieron dar un escarmiento al líder egipcio. El conflicto surgido en Suez se llevó a la ONU, pero ante la voluntad manifiesta de soviéticos y americanos de mantenerse al margen, ingleses y franceses optaron por lanzarse a una intervención armada.

Países excoloniales independientes en 1956

País	Estatus	Independencia
Egipto	Antiguo mandato británico	1936
Siria	Antiguo mandato francés	1941
India	Antigua colonia británica	1947

País	Estatus	Independencia
Birmania	Antigua colonia británica	1948
Corea del Norte y del Sur	Antigua colonia japonesa	1948
Israel	Antiguo mandato británico de Palestina	1948
Indonesia	Antigua colonia holandesa	1949
Vietnam del Norte y del Sur	Antigua colonia francesa	1954
Marruecos	Antigua colonia francesa	1955

El ataque francobritánico, combinado en secreto con un asalto israelí al Sinaí, fue un éxito. Pero por falta de los medios necesarios, el desembarco de las tropas que tenían que recuperar el canal de Suez se retrasó unos días. En este intervalo, los norteamericanos tuvieron tiempo para convocar la Asamblea General de la ONU, que condenó la operación, obligó a un alto el fuego y humilló internacionalmente a París y a Londres.

Los anglofranceses habían intentado llevar a cabo la operación a espaldas de la superpotencia americana, pero faltos de la capacidad militar necesaria, habían fallado en el intento de crear un «hecho consumado». Esto hizo enfurecer a los norteamericanos, que decidieron demostrar quién mandaba en el hemisferio occidental y dejaron muy claro que el nuevo orden internacional estaba dominado por las dos grandes potencias.

Suez arrinconó definitivamente a los viejos imperios con sus viejas políticas. Por otro lado, el ultimátum soviético –Jruschov amenazó con bombardear París y Londres– fue solo una bravata, puesto que los servicios de inteligencia occidentales sabían que en aquel momento la URSS no disponía de misiles de largo alcance. Pero todo ello demostró que Moscú y Washington continuaban estando de acuerdo en la cuestión colonial, como en el año 1945.

La crisis de Suez transcurrió casi simultáneamente con la insurrección húngara. Aunque con medios diferentes, en ambos casos el resultado fue el mismo: la potencia dominante en cada bloque impuso el orden en su zona de predominio sin que el contrario osara intervenir. Por eso, 1956 fue el año en que se consumió la primera etapa de la Guerra Fría: la bipolarización se había consolidado, y esto en buena parte se debía a un acuerdo mutuo explícito. Ninguno de los dos bloques se veía con fuerza para afrontar una nueva y devastadora guerra mundial solo una década después de la última gran conflagración.

EL CLÍMAX Y LA COEXISTENCIA PACÍFICA (1962-1973)

Introducción

La bipolarización del mundo, marcada por los acontecimientos de 1956, dio un nuevo ritmo a la Primera Guerra Fría. El hecho de que los soviéticos también tuvieran la bomba atómica imponía nuevas dinámicas, y la Guerra Fría se retrasó durante un tiempo, mientras los contendientes imaginaban estrategias a escala mundial.

Hacia una estrategia global

La construcción del muro de Berlín, en agosto de 1961, desveló una alarma relativa, a pesar de que la acción era bastante inusitada: una ciudad en el centro de Europa quedó dividida por una enorme pared de

cemento en pocos días. El símbolo definitivo de la bipolaridad mundial se erigía la madrugada del 13 de agosto de 1961, cuando empezaron por sorpresa las obras de lo que sería el muro de Berlín. Esta acción tan ostentosa estuvo motivada por el flujo imparable de refugiados que pasaban del este al oeste a través de los sectores de ocupación de la antigua capital alemana. Se calcula que entre 1950 y 1962 habían abandonado el territorio de la República Democrática Alemana (que tenía una población total de 6,6 millones en 1986) unos tres millones y medio de alemanes del Este.

Pero los occidentales estaban entonces más pendientes de la carrera espacial, en la que los soviéticos tenían una ventaja imbatible. Habían sido los primeros en poner en órbita un satélite artificial, el llamado *Sputnik I*, en octubre de 1957, y en abril de 1961 ya habían colocado al primer hombre en el espacio: el comandante Yuri Gagarin.

La carrera espacial era la vertiente popular y espectacular de la más siniestra carrera de misiles. A mediados de los años cincuenta, el misil de tipo nuclear se empezó a perfilar como arma reina de la Guerra Fría: tenía una potencia destructora que superaba la de los bombarderos y una velocidad de llegada que hacía que fuera imposibles de interceptar. En el verano de 1957, los norteamericanos probaron con éxito el primer misil intercontinental, capaz de alcanzar objetivos muy en el interior de la URSS.

Pero cuando unos cuantos meses más tarde los soviéticos consiguieron lanzar el *Sputnik I*, surgieron todo tipo de dudas. Era evidente que, tarde o temprano, ambas potencias tendrían el mismo tipo de armas de destrucción masiva, que en situaciones de emergencia dejaban muy poco margen a la diplomacia tradicional: un misil nuclear podía recorrer 5.000 kilómetros en solo 25 minutos. En Moscú y en Washington pronto empezó a surgir la necesidad de tener algún tipo de contacto formal para establecer mecanismos de control en una situación militar que podía acabar yéndose de las manos a las dos superpotencias. La Conferencia de París, acordada para mayo de 1960, fracasó, puesto que pocos días antes los soviéticos consiguieron abatir un avión espía norteamericano (el llamado «incidente del U2»), que tensó repentinamente las relaciones.

Como estrategia alternativa a la carrera de armamentos, Foster Dulles, el secretario de Defensa del presidente Eisenhower, había ideado un enorme cinturón de alianzas estratégicas con países de Europa, Asia y Oceanía, con el fin de aislar la llamada «isla roja» constituida por China y la URSS. Así, desde el final de los años cincuenta, la SEATO (Organización del Tratado del Sudeste Asiático, constituida en 1954 por Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, Filipinas, Tailandia y Pakistán), la CENTO (Organización del Tratado Central, que fue constituida en 1955 por Gran Bretaña, Irán, Pakistán, Turquía e Irak, que la abandonó en 1959) y

el ANZUS (Pacto del Pacífico, constituido en 1951 por Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda) se añadieron a la OTAN, aunque el grado de cohesión interna u operatividad real de cada una de estas organizaciones variara en cada caso. De todos modos, el descomunal intento de contención del comunismo quedó en entredicho debido a la inesperada Revolución cubana.

La Revolución cubana

En enero de 1959, las guerrillas del Movimiento 26 de Julio bajaron de Sierra Maestra y dieron el golpe de gracia al corrupto régimen del dictador Fulgencio Batista. Las inquietudes sociales del nuevo régimen revolucionario lo condujeron muy pronto a organizar la distribución de tierras que eran del Estado, de los terratenientes y de las compañías extranjeras, mayoritariamente norteamericanas, con las que pronto surgieron conflictos. Estados Unidos también se escandalizó por los procesos y las ejecuciones sumarias contra los elementos más comprometidos con el régimen anterior.

Inicialmente, ni el líder del movimiento, Fidel Castro, ni muchos de sus lugartenientes, tenían ninguna relación con el comunismo, pero sí que las tenían, sin embargo, el hermano de Castro, Raúl, y el argentino Ernesto *Che* Guevara. Los revolucionarios

cubanos eran un tipo de nacionalistas de ideas populistas. Pero ante la hostilidad abierta de Washington, el nuevo régimen viró rápidamente hacia la izquierda política, y de ahí hacia el bloque soviético.

La cuestión agraria era el núcleo del problema. La estructura económica de Cuba estaba centrada en el monocultivo del azúcar y, por lo tanto, el boicot de Estados Unidos, el principal comprador hasta aquel momento, fue un golpe que los cubanos solo pudieron paliar cuando la URSS se convirtió en el nuevo cliente en 1960. La posibilidad de que Cuba se decantara hacia la órbita soviética causó una fuerte alarma en Washington, donde se decidió poner en marcha una operación para hacer caer el régimen de Castro. En aquella época, la CIA había crecido enormemente, y había obtenido una serie de éxitos con las operaciones encubiertas que había llevado a cabo en países tan variados como Irán, el Tíbet, Laos o Indonesia.

En abril de 1961, utilizando las mismas técnicas, la CIA organizó el desembarco de una brigada de exiliados cubanos anticastristas en la bahía de Cochinos. El modelo de esta operación recordaba mucho al que se había utilizado para derrocar al presidente Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954. Las tropas cubanas anticastristas, una vez conquistada una cabecera de puente, la tenían que defender como mínimo durante 72 horas. Se instalaría un Gobierno provisional cubano, traído de Estados Unidos, que sería inmediatamente reconocido por esta potencia y por toda una serie de países aliados de Washington en América La-

tina. Este paso daría pie a una intervención internacional cuando el Gobierno provisional anticastrista pidiera ayuda.

Pero la operación fue un fracaso total, en parte debido a las informaciones erróneas que había recogido la CIA sobre el apoyo social al régimen cubano. En el momento más crítico, los norteamericanos se negaron a apoyar directamente la operación, entre otros motivos, por la indecisión del presidente Kennedy, que acababa de llegar a la Casa Blanca.

Poco tiempo después, el 1 de mayo, Castro proclamó la República Socialista de Cuba, a pesar de que él no se declaró simpatizante comunista hasta diciembre de aquel mismo año. El hecho provocó un gran nerviosismo entre los norteamericanos porque con un satélite a las puertas de Estados Unidos, los soviéticos habían conseguido saltar el cinturón aislante de grandes pactos y alianzas políticas y militares con los que se había intentado rodear a la URSS. Además, el fenómeno cubano podía servir de ejemplo a otros lugares de América Latina, y el estratégico canal de Panamá también quedaba muy cerca de la Cuba prosoviética.

La crisis de los misiles

En octubre de 1962, un avión espía norteamericano descubrió que los soviéticos intentaban insta-

lar en Cuba cuatro rampas de misiles balísticos de alcance medio con capacidad nuclear. Esto tenía una enorme importancia para los norteamericanos, puesto que los soviéticos conseguían paliar su inferioridad con misiles intercontinentales o de largo alcance. Como Cuba está situada a solo 150 kilómetros de la costa norteamericana, los cohetes soviéticos instalados en la isla tenían a su alcance casi todo el territorio de Estados Unidos.

Los más radicales propugnaron bombardeos inmediatos contra las instalaciones, lo cual habría generado un gran número de víctimas civiles y, quizá, una guerra a gran escala con la URSS. En octubre de 1962, sin embargo, la misma cautela que el presidente Kennedy había demostrado durante los hechos de la bahía de Cochinos evitó consecuencias peores. Se optó por el bloqueo naval de la isla, que impidió que llegaran a Cuba más barcos soviéticos cargados con armamento nuclear. El arriesgado pulso acabó con una aparente derrota de los soviéticos, que aceptaron el desmantelamiento de los emplazamientos de misiles en Cuba. Posteriormente se supo que Kennedy había accedido a hacer lo mismo con los cohetes norteamericanos instalados en Turquía, y que, además, había aceptado el compromiso de no atacar Cuba y de no volver a organizar intentos como el de la bahía de Cochinos, a pesar de que se planearon varios atentados contra Fidel Castro.

Es evidente que la sovietización de Cuba tuvo un enorme significado. Aun así, también era el síntoma

de hasta qué punto la transición de la esfera colonial hacía aguas y estaba preparando al mundo para una dinámica que acabaría desbordando el enfrentamiento bipolar. Porque los problemas que planteaba en Cuba su monocultivo azucarero eran los de una economía colonial. Y también formaba parte de esto la penetración norteamericana en numerosos sectores industriales o de servicios de la isla, incluso de economía ilegal o delictiva, a través del enorme peso de la mafia. Por lo tanto, después de la crisis de la tutela colonial norteamericana, su lugar había sido ocupado por los soviéticos.

De todos modos, el desenlace pacífico de la crisis de los misiles supuso un alivio en Moscú y en Washington, que se tradujo en un largo periodo de distensión y que, en términos diplomáticos de la época, se denominó de «coexistencia pacífica». Poco a poco, se fueron abriendo canales de comunicación estables –como el famoso «teléfono rojo» entre la Casa Blanca y el Kremlin– e incluso llegó el primer acuerdo – la prohibición de pruebas nucleares en el espacio extraatmosférico y bajo el mar–, firmado en el Tratado de Moscú en agosto de 1963. A mediados de los años sesenta, los norteamericanos hicieron público que abandonaban la estrategia de «represalia masiva» a un ataque nuclear por la de «respuesta flexible».

Estados Unidos: de la desilusión al desencanto

La crisis cubana marcó profundamente la llegada de John Fitzgerald Kennedy al poder, puesto que la decepción de la bahía de Cochinos fue un error considerable cuando hacía poco que ocupaba la Casa Blanca. Este asunto fue el origen de un patinazo todavía mayor: la implicación en Vietnam. A comienzos de los años sesenta, el joven presidente Kennedy formaba parte de lo que se veía como una alternativa, un relevo político necesario en todo un periodo de historia de Estados Unidos que se percibía anticuado. En aquel momento, los norteamericanos vivían inmersos en un periodo excitante y prometedor, pero también desconcertante.

La era Kennedy

En los años sesenta, Estados Unidos pasaba por el mejor momento económico de su historia. En 1955, la economía norteamericana producía el 50% de los bienes del mundo, aunque solo disponía del 6% de la población mundial. Era lo que el gran economista J. K. Galbraith denominó la «sociedad opulenta» (*affluent society*). Todavía más, los americanos estaban aplicando un modelo de vida que todo el mundo occidental deseaba: el *American Way of Life*. Junto con la tremenda capacidad de producción, la ley de readaptación de reclutas después de la Segunda Gue-

rra Mundial y de la de Corea (*G.I. Bill of Rights*) había permitido a miles de jóvenes excombatientes establecerse, casarse y prosperar.

El país del consumo

Hay muchos ejemplos de la evolución hacia el consumismo de la sociedad norteamericana de los años sesenta. El supermercado, con los precocinados y los congelados, fue una creación típicamente norteamericana, y también los cines y las hamburgueserías para automovilistas. El público acudía con unos enormes automóviles que consumían grandes cantidades de gasolina, entonces muy barata. En la vivienda, los años cincuenta pusieron de moda los *Levittowns* (William Levitt había sido el impulsor) o barrios residenciales de viviendas unifamiliares para clases medias, con iglesias, escuelas y tiendas propias, que incluían una típica competencia por el consumo entre vecinos.

Algunos ejemplos del incremento consumista en Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial (1940-1948) son estos:

- Neveras: de 1.700.000 a 4.000.000.
- Lavadoras: de 1.400.000 a 4.000.000.
- Producción de electricidad: Crece el 340% entre 1940 y 1959.

Aun así, sobre esta extraordinaria situación material, planeaban dudas e inseguridades derivadas del enfrentamiento con los soviéticos. Las incertidumbres tecnológicas fueron importantes; por ejemplo, a raíz del lanzamiento del *Sputnik* (1957) y el transitorio liderazgo soviético en la carrera espacial.

Pero una frustración muy especial tenía relación con el hecho de que los comunistas presumían de haber construido una sociedad sin pobres. Por el contrario, la «sociedad de la opulencia» sí que los tenía: eran aproximadamente una cuarta parte de la población o más. Hasta que estas bolsas de miseria no se eliminaran se podía pensar que los soviéticos tenían un tipo de superioridad moral que quizá era el fundamento de su sorpresiva capacidad para contagiar y conquistar países.

El sentimiento de inferioridad moral ante la Unión Soviética se condensaba con más densidad en la cuestión racial y multicultural. La Segunda Guerra Mundial había aportado un cambio drástico en la valoración de determinadas minorías de población norteamericanas. Por ejemplo, el descubrimiento del holocausto había forzado un viraje en el tradicional antisemitismo que mantenía hasta entonces buena parte de la población. Por otro lado, durante los años cincuenta, otras minorías, como los italianos, los irlandeses y los propios judíos, estaban en proceso de ascenso generalizado. Además, la posición oficial del Gobierno norteamericano durante la guerra, insistentemente antiimperialista, había acabado influyendo en los sentimientos hacia la propia población negra, empobrecida y segregada.

La presión para reformar la discriminación racial en la enseñanza no cambió drásticamente la situación real de los estudiantes de color: en 1961, solo el 7% de los niños negros de los estados del sur asistía a

centros de enseñanza integrados. Esta situación reflejaba unos deseos de transformaciones profundas, que la mayoría de la sociedad norteamericana expresaba cada vez más nítidamente.

La escuela de Little Rock

En 1954 tuvo lugar un acontecimiento decisivo y sintomático. El Tribunal Supremo decidió a favor de la integración racial en las escuelas con la sentencia del célebre contencioso *Brown vs. Board of Education*, que anulaba las conclusiones de otra resolución anterior, *Plessy vs. Ferguson*, de 1896. La sentencia de 1954 estipulaba que la segregación escolar no daba las mismas ventajas a las razas blanca y negra, por lo que las escuelas públicas de enseñanza secundaria la tenían que eliminar. En el sur, la resistencia fue encarnizada. En la apertura del curso de 1957, el gobernador de Arkansas, Orval Faubus, desafió abiertamente a la autoridad federal impidiendo que nueve niños y adolescentes de color accedieran a la escuela secundaria de Little Rock. Ante los primeros estallidos de violencia racista, el presidente Eisenhower decidió actuar: puso bajo control federal a los soldados de la Guardia Nacional y envió tropas federales aerotransportadas a Little Rock. El 24 de septiembre, escoltados, los nueve estudiantes de color pudieron entrar en la escuela.

Este era el marco en el que se inscribían los deseos de renovación política que se catalizaron en las elecciones de 1960, que fueron, además, las primeras del mundo en las que la televisión tuvo un papel trascendental. Los sondeos de opinión, los estudios de los expertos en investigación de mercado, la telegenia y el gran debate preelectoral entre los candida-

tos fueron determinantes. Durante la campaña electoral de 1960, unos ciento quince millones de norteamericanos (cifra que equivalía aproximadamente al 80-90% de las familias) siguieron el debate final entre los candidatos, y se dice que el 57% fue influenciado por ello. Entre 1950 y 1960, los 3,9 millones de espectadores de televisión de los salones de los hogares norteamericanos pasaron a ser 45 millones.

Cuando llegó a la Casa Blanca, Kennedy se esforzó por demostrar su dinamismo y militancia. Era un presidente ávido de acción inmediata, de golpes espectaculares, hasta el punto de que se produjo un incremento dramático de la tensión de la Guerra Fría, un poco adormecida durante el mandato de Eisenhower. Hasta la crisis de los misiles, esta actividad se saldó de manera más bien negativa para Estados Unidos, especialmente por el fracaso en la bahía de Cochinos. Pero Kennedy aceptó todos los retos. La carrera espacial que Eisenhower se había esforzado por enfocar de manera un poco desdeñosa ahora se transformó en prioritaria. John F. Kennedy intentó incluso tratar el «frente interior» con decisión. Prometió una política social llamada Nueva Frontera. Aquí se incluían proyectos de enseñanza, asistencia a niños necesitados, a minusválidos, televisión estatal, enseñanza técnica y, sobre todo, el Medicare, o proyecto de medicina socializada para las personas mayores. John F. Kennedy también prometió comenzar a superar la segregación racial, a pesar de que fue su

hermano Robert, secretario de Justicia, quien cargó con el peso de este proyecto.

Al frente de la Guerra Fría, John F. Kennedy y su hermano Robert se abocaron a los países del llamado Tercer Mundo, que parecía que daban un margen suficiente al comunismo, para ganar el enfrentamiento bipolar. En estas zonas, la contrainsurrección tenía que ser la estrategia básica para combatir la guerrilla de izquierdas utilizando las mismas tácticas.

Sin embargo, al mismo tiempo que se hacían planes para utilizar la CIA o las nuevas fuerzas especiales (los boinas verdes) y se establecían centros de contrainsurrección en Panamá, los Kennedy también pensaban que el secreto de la estabilidad política en América Latina se encontraba más en el desarrollo económico que en la represión. Como resultado, se creó la Alianza para el Progreso con el fin de asegurar la consolidación de una amplia y sólida clase media en todo el Cono Sur. También se buscó la integración en el mercado del campesinado y de las poblaciones marginales mediante la instrucción en tecnologías sencillas, a través del Cuerpo de la Paz.

En conjunto, los resultados de la política exterior del presidente Kennedy en América Latina fueron, cuando menos, inciertos. Si los movimientos revolucionarios no tomaron más impulso a lo largo de los años sesenta fue, sobre todo, por sus propias contradicciones. Pero en América Latina no todo fueron buenas intenciones: donde no había suficiente con la «política del talonario» (ayudas económicas genero-

sas), no había escrúpulos, si llegaba el caso, para recurrir al golpe de estado.

En el Extremo Oriente, el apoyo norteamericano al presidente survietnamita Ngo Dinh Diem, corrupto y nepotista, abrió un camino que unos cuantos años más tarde acabó en desastre. La decisión kennediana de enviar a consejeros militares y fuerzas especiales al sudeste asiático no fue sino la continuación de la política de Eisenhower en la zona. Pero en los dos años y medio de gestión del presidente Kennedy, la presencia militar norteamericana en Vietnam creció espectacularmente hasta llegar a los 16.000 consejeros en 1963.

Todo esto respondía a la «teoría del dominó», es decir, al temor de que la victoria del comunismo en todo Vietnam se contagiara a los países vecinos y se extendiera por el sudeste asiático e incluso más allá. A su vez, este enfoque histérico tenía su origen en el desconcierto que había causado la penetración soviética en Egipto, Ghana, Guinea y Cuba a lo largo de la segunda mitad de los años cincuenta, saltándose los pactos estratégicos (SEATO, CENTO, ANZUS, OEA) que tanto se había esforzado en desarrollar Foster Dulles.

Cuando el presidente Kennedy murió (una muerte causada con bastante probabilidad por la venganza del capo de la mafia Carlos Marcello), dejó tras de sí un enorme mito que ha perdurado durante más de treinta años. En realidad, el fenómeno Kennedy no fue sino el reflejo simbólico del momento áureo que

la economía y la sociedad norteamericanas atravesaban a comienzos de los años sesenta (y que no se ha repetido) y de su particular telegenia.

Una vez en el poder, la gran mayoría de sus proyectos solo fueron simples continuaciones de líneas iniciadas por su antecesor Eisenhower. El intento de impulsar el estado benefactor (política de la Nueva Frontera) todavía tenía unos orígenes más antiguos: se remontaba al New Deal y al New Fair Deal demócratas impulsados por Roosevelt y Truman. La falta de originalidad en los proyectos kennedianos quedó más en evidencia ante el incumplimiento de la mayor parte de las promesas que habían sido hechas por el joven presidente.

El resplandor del círculo de profesores e intelectuales progresistas que le rodeaba no fue suficiente para que John F. Kennedy consiguiera aprobar en el Congreso sus propuestas, por lo que, en vísperas de su asesinato, en el propio Partido Demócrata había dudas sobre la posibilidad de que fuera reelegido presidente.

El Medicare se había encontrado con la fuerte oposición de la Asociación Americana de Médicos; también habían quedado postergados los proyectos de asistencia social. En el terreno de la lucha contra la segregación racial, si bien Robert Kennedy había nombrado a algunos funcionarios de color y había apoyado las campañas antirracistas del reverendo Martin Luther King, lo cierto es que no se suprimieron los fondos de ayuda federal a los centros esco-

lares y académicos en los que se mantenía la discriminación. En febrero de 1963 tampoco había prosperado el proyecto de ley para asegurar el voto de la población negra, ante las reticencias del Congreso.

Lyndon B. Johnson y la «gran sociedad»

En realidad, quien completó la política social kennediana fue su vicepresidente y sucesor, Lyndon B. Johnson, que lanzó y cumplió con el proyecto de «gran sociedad». Aprovechando la herencia moral del presidente asesinado y la habilidad que tenía como político conocedor de los personajes y los mecanismos del Congreso, Johnson emprendió entre 1964 y 1965 un alud de programas de asistencia social, que incluyó desde planes de promoción profesional hasta la ayuda a familias con niños a cargo, pasando por subvenciones para los pobres, comedores escolares, apoyo a la agricultura y al pequeño comercio, y extensión de los derechos electorales a las minorías marginadas.

Johnson trazó un camino que sus sucesores inmediatos no pudieron desviar: en 1971 los gastos sociales federales equivalían al 7,75% del PNB. Por otro lado, el porcentaje de pobres en Estados Unidos bajó del 22% en 1959 al 13% en 1968. Si de Johnson quedó un mal recuerdo fue por su imagen de político grosero y provinciano, en contraste con su telegénico predecesor. Pero también, y sobre todo, por la

responsabilidad que tuvo en el hecho de implicar a Estados Unidos en la guerra de Vietnam a partir de 1964.

Balance de la guerra de Vietnam

El gran número de tropas regulares comprometidas en la guerra de Vietnam (que llegó hasta 536.000 soldados en 1968), la carísima tecnología punta desplegada y las enormes ofensivas de bombardeo (que en total fueron superiores en una vez y media al total de los bombardeos aliados durante la Segunda Guerra Mundial) tuvieron un coste muy alto en la economía y en la sociedad norteamericanas.

El tratamiento informativo adverso de la televisión también tuvo importancia. Actualmente se admite que los norteamericanos no perdieron la batalla militar ante la crucial ofensiva comunista del Têt (enero de 1968), pero la cobertura televisiva que se hizo hundió la moral norteamericana al pasar en pocos días de una imagen optimista a otra catastrofista. El hecho de que la guerra de Vietnam fuera la primera contienda televisada en directo añadió todavía más impacto al fenómeno. En Estados Unidos se sucedían las protestas cívicas y estudiantiles, y entre la tropa se extendió la desmoralización, hasta el punto de que el 3% de los oficiales que murieron en Vietnam lo hicieron a manos de sus propios hombres.

Las consecuencias de la guerra de Vietnam fueron muy negativas para Estados Unidos. Primero, los gastos que generó acabaron paralizando los proyectos sociales e incluso hicieron que el país perdiera temporalmente la carrera armamentista con los soviéticos. Y segundo, la imagen política de Estados Unidos quedó malherida: 3.500.000 refugiados vietnamitas entre 1964 y 1969, incontables bajas civiles, el 20% de las junglas y el 36% de los bosques arrasados por las campañas de defoliación (la proporción de una bomba de 250 kilogramos lanzada cada 30 segundos durante toda la contienda) y la relación de cinco soldados de intendencia por uno de combate, dieron la imagen de un abuso enorme e inútil.

La gran desilusión: Nixon y el Watergate

En el año 1968, el republicano Richard Nixon ganó las elecciones presidenciales, y, de este modo, culminaba su camino hacia el poder, que había iniciado con la derrota ante Kennedy, ocho años atrás. Aparentemente, el nuevo presidente era un político duro, pero tal y como ha pasado muchas veces en la historia, fue él precisamente quién sacó a Estados Unidos de Vietnam.

El plan de Nixon se apoyaba en dos líneas de actuación: «Vietnamizar la guerra del Vietnam», es decir, «devolver» a los vietnamitas del sur «su» guerra, retirando a los soldados americanos y dejando en po-

der del Gobierno de Saigón el avanzado material militar que estos habían utilizado en la contienda. Y pactar con el Gobierno de Vietnam del Norte una salida negociada del conflicto.

Para ello, Nixon y su brillante secretario de Estado, Henry Kissinger, diseñaron un doble acercamiento a las dos superpotencias del Este, que en aquel momento estaban enfrentadas: China y la URSS. La maniobra era audaz, puesto que pretendía provocar la aproximación soviética a partir del interés americano por China. En el mes de mayo de 1972, el presidente norteamericano se trasladó a Moscú y firmó el tratado SALT I para la limitación del armamento estratégico nuclear.

Como resultado de estas maniobras, en el otoño de 1972 los norteamericanos consiguieron llegar a acuerdos sólidos con el régimen de Vietnam del Norte, que permitieron abandonar la guerra con un mínimo de dignidad; a comienzos de 1973 ya no quedaban tropas regulares de combate americanas en Vietnam del Sur. Pero sobre todo, en un tiempo increíblemente breve se había conseguido poner las bases de la *détente*, o distensión, un intento para reconducir la Guerra Fría hacia caminos diplomáticos y alejar el fantasma de una contienda generalizada. Los norteamericanos también contactaron con China. Henry Kissinger viajó secretamente a Pekín en 1971, Washington reconoció diplomáticamente el régimen comunista chino y, en febrero del año siguiente, fue el propio Nixon quien se entrevistó con Mao.

Estos éxitos aseguraron a Nixon su reelección en 1972. Pero durante la campaña electoral se descubrió fortuitamente un episodio de espionaje político en el cuartel general del Partido Demócrata, en el edificio Watergate. Dos reporteros del *Washington Post* lo hicieron estallar y se desencadenó un escándalo político cuando se descubrió que hombres del entorno directo del presidente estaban implicados en el asunto. La acumulación de pistas apuntaba cada vez más al propio Nixon, que, a punto de ser procesado, dimitió en agosto de 1974, un hecho sin precedentes en la historia norteamericana. El golpe fue terrible y la confianza de los norteamericanos en sus instituciones cayó.

LAS CRISIS DEL BLOQUE ORIENTAL

Introducción

Mientras los norteamericanos veían cómo su sistema entraba en crisis, algo similar sucedía en el bloque soviético durante la primera mitad de los años sesenta.

La decadencia de Jruschov

El periodo final del liderazgo de Jruschov fue el contrapunto negativo de los éxitos logrados en la fase anterior. Las gigantescas campañas agrarias, centradas en la rotura y en la colonización de regiones vírgenes de Asia central, acabaron en desastre debido a la inestabilidad climática de la zona, las tormentas de arena, las dificultades de almacenamiento y transporte, la provisionalidad de los trabajadores y las in-

terferencias burocráticas. También hubo mala suerte: la primavera y el verano de 1962, que fueron muy fríos, destruyeron entre el 80 y el 90% de la cosecha de maíz en la Rusia europea. Pero la expansión de los campos de maíz se había hecho a expensas de los de forraje, lo que también repercutió en la ganadería. La sequía de 1963 completó la catástrofe agrícola.

Jruschov acabó sufriendo una humillación particularmente dolorosa, puesto que uno de los argumentos en los que había basado su candidatura para subir al poder había sido el énfasis dado al desarrollo agrícola, con el objetivo de copiar los sistemas norteamericanos y superarlos. Desde 1963, la URSS se vio obligada a hacer grandes compras de trigo al extranjero, especialmente a Estados Unidos y a Canadá. Jruschov tampoco consiguió mejorar significativamente el nivel de vida de los ciudadanos soviéticos ni proveerlos de los estimulantes bienes de consumo a la manera occidental.

Pero principalmente, los grandes fracasos del nuevo dirigente soviético se manifestaron en la política exterior. La penetración soviética en Oriente Medio e Indonesia nunca fue muy firme, y todavía menos los primeros intentos para ganarse la confianza de algunos países africanos que acababan de obtener la independencia. Por otro lado, el desmantelamiento forzado de las bases de misiles nucleares en Cuba (1962) supuso una humillación pública internacional para los soviéticos, por más que secretamente Ken-

nedy accediera a compensaciones estratégicas importantes.

Hacia el final de los años cincuenta, Jruschov ya había descubierto que la Guerra Fría, como enfrentamiento estratégico a escala mundial, era una cosa absolutamente nueva en la historia. Un alcance tan descomunal hacía imposible controlar no solamente lo que podía hacer el enemigo, sino también las reacciones de los aliados. La realidad acabó siendo desconcertante, puesto que en los dos bloques se produjeron disidencias y cismas imprevistos. En el campo soviético, como hemos comentado, ya se había producido una primera ruptura en 1948. Solo diez años más tarde se formaba un nuevo agujero, esta vez con la China comunista.

El gran cisma

Después de una guerra civil de tres años, los comunistas chinos, liderados por Mao Zedong, tomaron el poder en 1949. Durante los años en los que vivió Stalin, las relaciones entre Moscú y Pekín fueron tibias pero correctas. Pero entre 1959 y 1963 las tensiones crecieron hasta un punto tan extremo que acabaron en una ruptura sonada. No hubo una razón para este divorcio, sino unas cuantas.

Como ruido de fondo estaban los prejuicios raciales y culturales entre chinos y rusos, que venían de

muy atrás. Además, la prepotencia soviética, que tendía a tratar a la enorme China comunista (con unos seiscientos millones de habitantes) como si fuera uno de los pequeños satélites del este de Europa, fue importante. Pero China tenía rango de subcontinente, era una mezcla de culturas milenarias, y, como tal, sus nuevos dirigentes tenían ideas propias sobre cómo había que adaptar la revolución comunista a su realidad cultural e histórica.

Entre 1958 y 1959, los dirigentes chinos habían embarcado el país en el Gran Salto Adelante, un proyecto extraño que tenía que conjugar la industrialización intensiva, a la manera estalinista, con el desarrollo agrícola fundamentado en la educación técnica acelerada de los campesinos y los proyectos agrícolas a gran escala. Esta experiencia basada en agrupaciones de cooperativas, que tenía que impulsar el desarrollo de una industria rudimentaria y descentralizada para proveer al mundo rural en régimen de autarquía, y dar como resultado un tipo de estructura de carácter feudal, acabó en desastre. La falta total de planificación (desde 1960 el régimen no publicaba estadísticas de producción) degeneró en el caos más absoluto y, además, se añadieron los efectos económicos de la ruptura con los soviéticos.

Los primeros intentos de autogestión que inició China molestaron bastante a la Unión Soviética, que había tenido su revolución ya hacía más de cuarenta años y había desarrollado tendencias políticas conservadoras. Según Moscú, el enfrentamiento con los

occidentales no tenía que acabar en el holocausto nuclear. Según Mao, lo más importante era liquidar el capitalismo, fuera como fuera. Asustados por este radicalismo, los soviéticos negaron la ayuda a sus camaradas chinos para construir su propia bomba atómica. A estos, la prudencia exterior, que propugnaba la «coexistencia pacífica», y el conservadurismo interior, según el cual era más importante el rango de superpotencia que el desarrollo social en un sentido revolucionario, les sonaba a traición. La URSS les parecía un imperio dirigido por una burocracia inmovilista y no por revolucionarios. Muy pronto, Pekín acusó a los soviéticos de desviacionismo, revisionismo y traición a las esencias del leninismo. En 1960, Moscú respondió retirando repentinamente de China todos sus consejeros, créditos y planes de desarrollo económico y tecnológico que tenía. Todo ello fue solo el comienzo de una serie de desavenencias y reproches mutuos que acabaron en una ruptura formal en el verano de 1963.

El advenimiento de Brejnev

Jruschov no fue el protagonista absoluto de esta espectacular escisión, pero sus rivales en el partido le echaron la culpa tanto del desenlace de la crisis como de la incapacidad posterior de los soviéticos de controlar a Mao. La ruptura no hundió el régimen chino:

se produjo una lenta recuperación económica basada en planes más conservadores. Un símbolo espectacular de esta reactivación fue la explosión de la primera bomba atómica china en octubre de 1964, más o menos en las mismas fechas en las que Jruschov caía víctima de un complot interno del partido. En el periodo que va desde 1964 hasta 1974, bajo el liderazgo de Leonid Brejnev, la Unión Soviética tendió a la esclerosis.

El nuevo dirigente no era sino el hombre de paja de la *nomenklatura*, la clase burocrática y administrativa, que de hecho se había quitado de en medio a Jruschov, un intento fallido de líder personalista, y ahora se gobernaba a sí misma. Era la consecuencia lógica de una nueva estructura socioeconómica en la que prevalecían la población urbana (55%), la clase obrera y un enorme sector de servicios que igualaba al campesinado en número. Incluso el PCUS perdió peso en el aparato del régimen y los pulsos de poder (se había renunciado a las purgas políticas) estaban entre los grupos de presión; entre estos empezó a destacar el complejo militar-industrial. La Rusia de los mujiks había desaparecido con Jruschov.

La amplia *nomenklatura*

Esta extraña palabra derivaba del término *nomenklator* ('lista' o 'catálogo'). Así, pertenecía a la *nomenklatura* todo aquel que figurara en la «lista» de quienes tenían algún poder, una lista que, por otro lado, era muy amplia. Después de haber huido a Occidente en 1972, el antiguo miembro del PCUS Mikhaïl Voslensky publicó en 1980 su

obra *La nomenklatura*, en la que, haciendo referencia a la lista oficial de la dirección del partido, tipificaba la clase dirigente.

La Primavera de Praga

Fuera de la URSS, pero dentro del bloque oriental, el jruschovismo y la manera como se eliminó dejaron huella. En muchas de las llamadas «democracias populares» del este se produjo, entre 1966 y 1968, un debate entre progresistas y moderados, que en realidad coincidían, por un lado, con los cuadros del aparato del partido, núcleo de una clase conservadora, y, por otro lado, con los intelectuales técnicos dispuestos a la modernización socioeconómica a partir de cierto grado de liberalización política.

En Yugoslavia, el debate se tradujo en la imposición definitiva, a partir de 1966, de un modelo económico autogestionario, que en los veinte años siguientes fue el espejo de la intelectualidad de izquierdas de Occidente. Fue en Checoslovaquia donde se produjo la ruptura más espectacular, emparentada con el proceso de desestalinización jruschovista y con el moderado aperturismo que destiló la política de coexistencia pacífica después de la crisis de los misiles.

En el cambio de 1967 a 1968, la batalla entre la intelectualidad técnica progresista y los conservadores del partido acabó con el ascenso de Dubcek, que era un líder eslovaco moderado. Durante la primavera,

el nuevo programa de acción del partido inauguraba lo que más tarde se conoció como el «socialismo de rostro humano», cuyo objetivo era la renuncia al poder monopolista y totalitario.

El experimento checoslovaco era demasiado peligroso para el esclerótico régimen de la URSS, y así, la llamada Primavera de Praga acabó en el mes de agosto con una invasión militar soviética apoyada por otras fuerzas del pacto de Varsovia. No hubo resistencia por parte checa, ni señales de ayuda de los occidentales, porque al final de los años sesenta ya estaba claro que se respetaba la mutua soberanía sobre las esferas de influencia del adversario. De hecho, la derrota de la Primavera de Praga contribuyó a la estabilidad del régimen de Brejnev, puesto que disuadió al resto de los estados satélite de emprender aventuras similares. Además, a partir de la implícita complicidad occidental, se dio un paso importante hacia la política de *détente* que Nixon inauguró unos cuantos meses más tarde.

La Revolución cultural

En China, a pesar de que se hizo con sacudidas violentas, el resultado fue parecido al conseguido por los soviéticos al final de este mismo periodo. A partir del otoño de 1965, Mao lanzó la llamada Revolución cultural, que se prolongó hasta abril de 1969 y que,

con el apoyo de una parte importante del ejército y la juventud estudiantil, sirvió para devolver al carismático dirigente el poder y la influencia que había perdido a raíz del fracaso del Gran Salto Adelante.

La Revolución cultural, que en un principio también perseguía el objetivo de evitar la constitución de castas sociales en la maquinaria del partido y del Estado, fracasó en este aspecto. El crecimiento urbano e industrial de China había sido espectacular y había favorecido el desarrollo de un amplio sector de técnicos y burócratas. Pretender prescindir de él era ilusorio. Por otro lado, la Revolución cultural tropezó con adversarios inesperados y con problemas complejos. Finalmente, se resolvió en pactos políticos muy ambiguos, y poco tiempo después los cuadros purgados se reintegraron en sus antiguos lugares.

Estos acontecimientos no hicieron sino empeorar las relaciones entre chinos y soviéticos, que ya eran muy tensas. En marzo de 1969, tropas de ambas potencias mantuvieron una serie de enfrentamientos a lo largo de su frontera, especialmente alrededor de una isla –Damansky en ruso, Chenpao en chino– situada en el río Ussuri. Durante el verano, incluso circularon rumores de una inminente guerra nuclear entre China y la URSS.

LOS TRAUMAS DE LA DESCOLONIZACIÓN AFRICANA

Introducción

Hacia el final de los años cincuenta, y sobre todo en el año crítico de 1960, numerosos estados del África subsahariana obtuvieron la independencia de la dominación occidental. Dado que los territorios de las diversas colonias africanas se habían formado aglutinando grupos tribales y lingüísticos o etnias completamente diferentes, incluso antagónicas entre sí, los movimientos nacionalistas no se habían desarrollado con fuerza desde la Segunda Guerra Mundial.

Los estímulos exteriores

Hay que relacionar la oleada de procesos independentistas de los años sesenta con el ejemplo de los países del norte de África, que hacia mediados de los años cincuenta (y antes, en el caso de Libia) habían conseguido una emancipación plena o estaban luchando duramente para conseguirla (en el caso de Argelia).

La conferencia de Bandung (1955) también contribuyó a alimentar la dinámica independentista de los estados africanos. En esta conferencia, las delegaciones asiáticas (India, Pakistán, Indonesia, Birmania, Ceilán, China y Vietnam del Norte) y africanas (Egipto, Etiopía, Liberia, Libia, Sudán y Ghana), además de las correspondientes a los países árabes, se reunieron para estudiar temas de interés común, como el colonialismo, el racismo y la soberanía nacional.

La creación de Liberia

Después de la abolición de la esclavitud en Estados Unidos, se planteó la posibilidad de que una parte de la población negra americana volviera a África. Esta posibilidad se experimentó con la creación del nuevo estado de Liberia. Como las raíces perdidas imposibilitaban en la mayoría de los casos un regreso a los lugares de origen, la Sociedad Americana de Colonización eligió el cabo Mesurado como futuro hogar de la primera partida de esclavos liberados. Primero se fundó el asentamiento de Monrovia, y con todos los que se fueron creando se constituyó un territorio que en

1824 recibió el nombre de Liberia, gobernada por políticos blancos norteamericanos hasta el año 1836. Liberia fue proclamada república independiente en 1847, pero Estados Unidos no la reconoció diplomáticamente hasta 1862. En la república coexistían dos poblaciones: la de los colonos liberados, que a mediados del siglo XIX solo era de unas tres mil personas, y la de los pobladores autóctonos del interior.

Los estímulos interiores

A pesar de que tuvo menos peso que los estímulos exteriores, el impacto sociopolítico de la Segunda Guerra Mundial también afectó al África negra. La contienda no había afectado directamente a esta región del planeta pero, en cambio, la dificultosa relación con las metrópolis y la contribución al esfuerzo de la guerra habían propiciado cierto desarrollo económico propio. Nuevas redes de comunicaciones y algunas industrias de transformación favorecieron el crecimiento urbano, y también la aparición en algunos países de un germen de clases medias y de un proletariado autóctonos. Además, la movilidad social y geográfica empezó a influir en la destribalización.

Desde un punto de vista meramente político, en el cambio de siglo ya habían aparecido las primeras figuras nacionalistas panafricanistas, originarias del área antillana, norteamericana y sudafricana. En Estados Unidos, Marcus Garvey organizó en 1914 la

Asociación Universal para la Promoción de los Negros, que propugnaba el regreso a África de los norteamericanos de color. El doctor y profesor de sociología William E. B. Du Bois estructuró el pensamiento panafricanista y puso en marcha toda una serie de congresos. El primero se celebró en París en 1919. Pero el más importante fue el quinto, de 1945, que se convocó en Manchester.

Los procesos independentistas que se sucedieron en el África subsahariana en 1960 se llevaron a cabo en medio de una gran tranquilidad, lo que parecía presagiar que esta segunda oleada descolonizadora no comportaría las tragedias de la primera, que transcurrió entre finales de los años cuarenta y mediados de los cincuenta. No obstante, las nuevas repúblicas africanas siempre fueron estados mucho más precarios que los asiáticos o los árabes. En buena medida porque, a diferencia de estos, en el África subsahariana apenas existieron entidades estatales precoloniales importantes, y las pocas que sobrevivieron hasta el siglo XIX fueron arrasadas por los conquistadores europeos, que mezclaron sin miramientos centenares de pueblos, etnias y tribus. Como ejemplo de la arbitrariedad de los colonizadores, tan solo hay que señalar el hecho de que la Nigeria actual agrupa 250 etnias diferentes.

La falta de culturas homogeneizadoras y la coexistencia forzada de personas tan ajenas entre sí favorecieron la inestabilidad política y social. También dificultaron la emergencia de clases medias autóctonas y

el desarrollo de culturas nacionales. Faltaban cuadros dirigentes, funcionariado y técnicos. Esto hizo que en muchos casos las relaciones con la antigua metrópolis fueran una continuación de la dependencia colonial. Aunque en el ambiente de confrontación bipolar forzosamente acabaran apareciendo soviéticos o norteamericanos como nuevas metrópolis, a estos se añadieron, en los años setenta y ochenta, los chinos.

LOS INTENTOS PARA CONTROLAR LA CARRERA DE ARMAMENTOS

Introducción

A lo largo de los años sesenta, la carrera de armamentos estratégicos entre las grandes superpotencias se disparó sin control. No solamente habían proliferado las armas nucleares en cantidad, sino también en variedad. Esto suponía numerosos peligros e inconvenientes.

El primero era el más temido: la guerra por error, el accidente fatal. Cuantos más misiles atómicos, bombarderos y submarinos nucleares hubiera, más peligro había de que en algún punto del planeta fallara el factor humano o el tecnológico. Con el tiempo, llegó a parecer casi inevitable que acabara pasando algo.

En segundo lugar, la variedad tecnológica era en sí misma un problema. A lo largo de los años sesenta y setenta, las armas y los sistemas de comunicación

se hicieron más y más complicados con la ayuda de la informática, que precisamente se estaba desarrollando en torno a la carrera armamentística y espacial, igual que el espionaje tecnológico. Todo esto dificultaba enormemente la negociación para controlar o limitar este tipo de armamentos, por dos razones: porque era muy complicado establecer balances y paridades entre sistemas diferentes de armas, y por los intentos de esconder al adversario el conocimiento real que se tenía de su situación armamentística en un momento concreto, lo que podía desvelar o poner en evidencia las capacidades del aparato de inteligencia propio. De hecho, a lo largo de los años setenta y ochenta se llegaron a crear sistemas de armas, unas veces reales y otras ficticios, para poder negociar con ventajas.

En tercer lugar, una de las amenazas más reales para las superpotencias era, sin embargo, la ruina económica. Las investigaciones, la producción, las pruebas, el espionaje, todo ello significaba cifras multimillonarias. Las grandes empresas privadas de armamento tenían un peso excesivo y creciente en las decisiones políticas norteamericanas. Al otro lado del telón de acero, el complejo militar e industrial soviético también imponía sus conveniencias sobre la dirección del Estado y del partido. Tampoco faltaron las presiones políticas en el propio país –desde congresistas o diputados hasta sindicatos– para mantener o expandir el esfuerzo armamentista.

Finalmente, otro motivo de alarma era el número creciente de estados que disponían de su propio armamento nuclear. Reino Unido inauguró la proliferación cuando en 1952 consiguió la bomba atómica. En 1960 la obtuvieron los franceses, que seis años más tarde obtuvieron la de hidrógeno. En 1964 fue la República Popular China. Pronto se empezó a sospechar que Israel y Sudáfrica no tardarían en construir su arsenal militar, y que después seguirían Pakistán y la India, Argentina y Brasil. Actualmente, se sabe que durante este periodo los gobiernos llegaron a autorizar incluso experimentos con ciudadanos y soldados, especialmente sobre los efectos de la radiación, pero también en relación con los componentes químicos y bacteriológicos.

La destrucción mutua asegurada

Después de veinte años de progreso tecnológico constante aplicado a la guerra nuclear, el llamado «equilibrio del terror», basado en la destrucción mutua asegurada (MAD en las siglas en inglés), continuaba siendo la base de la carrera nuclear entre soviéticos y norteamericanos. Ya en 1961, según el SIOP-63, plan de guerra atómica elaborado por Robert McNamara, secretario de Defensa del presidente Kennedy, se calculaba que solo un ataque nuclear americano supondría la muerte de 285 millones de personas. Desde 1962, la potencia nuclear per cápita, solo con relación al arsenal norteamericano, era de diez toneladas por habitante del planeta.

Era lógico que tanto Moscú como Washington se inquietaran. La proliferación nuclear era un fenó-

meno que podía hacer todavía más imprevisible la marcha de la Guerra Fría. Al mismo tiempo que se intentaba evitar la ruina o los accidentes, los problemas asociados al mantenimiento de la jerarquía nuclear fueron los que impulsaron las primeras negociaciones entre Moscú y Washington para controlar los armamentos, cuyo colofón más sonado, en los años setenta, fueron las conversaciones SALT I y SALT II (*Strategic Arms Limitation Talks*). Las conversaciones sobre limitación de armamento se iniciaron en 1969. En el año 1972, la reunión de Moscú marcó la inflexión entre las SALT I y las SALT II. Atascadas desde 1979, las negociaciones se retomaron en 1982 bajo el nombre de *Strategic Arms Reduction Talks* (START).

Los factores que propiciaron la aparición de la *détente* o distensión fueron, sin embargo, de diversa categoría: la búsqueda de una salida negociada a la guerra de Vietnam, que acercó a los norteamericanos a los chinos y a los soviéticos, el temor al descontrol en la carrera de armamentos, y los intereses de los europeos, cada vez más angustiados por las coerciones de una Guerra Fría que no podían controlar.

Conversaciones, tratados y acuerdos

Acuerdos de desnuclearización.	**Acuerdos de control y prevención.**
Acuerdos de la Antártida (1959)	Teléfono rojo. En funcionamiento a partir del 20 de junio de 1963.
Acuerdos de América Latina (1967)	Tratado de Moscú. Firmado el 5 de agosto de 1963. Cien países, con la excepción de Francia y China, se comprometen a no realizar

Acuerdos de desnuclearización.	Acuerdos de control y prevención.
	pruebas nucleares en el espacio extraatmosférico o bajo el mar.
Acuerdos de la Luna, cuerpos celestes y espacio orbital (1967)	Tratado de no-proliferación nuclear. En 1968, los estados nucleares se comprometen a no transferir armas atómicas a los no nucleares.
Acuerdos del fondo de los océanos y los mares (1971)	*Strategic Arms Limitation Talks I (SALT I)*. Firmado el 26 de mayo de 1972.
Acuerdos del Pacífico (1985)	*Strategic Arms Limitation Talks II* (SALT II). Firmado el 18 de junio de 1979, no fue ratificado por el Congreso norteamericano.

El papel de Europa

A lo largo de los años sesenta y setenta, dos potencias europeas, Francia y la República Federal Alemana (RFA), estuvieron presionando directa o indirectamente, buscando un espacio de maniobra más grande y arrastrando, así, a otros países del continente.

En Francia, una vez perdida Argelia definitivamente, De Gaulle desarrolló un discurso político basado en la posesión del arma nuclear, el desafío a la OTAN y a Estados Unidos, la alianza con Alemania y el acercamiento a la URSS. Todo esto hacía resaltar el papel de Francia como potencia continental y no alineada, lo que entonces parecía imposible, puesto

que Alemania estaba dividida y Gran Bretaña no tenía, ni quería tener, influencia en el continente.

En definitiva, el líder francés desarrolló todo un cuerpo de mecanismos ideológicos simbólicos alternativos a la pérdida del imperio, que resultaron ser un trauma del que Francia tardó en recuperarse. Además, vetó algunas iniciativas de la OTAN en Europa, denunció la voluntad hegemónica de los norteamericanos y luchó para evitar una «atlantización» del Mercado Común. La primera línea de acción culminó con el anuncio de que Francia, a pesar de mantener su permanencia en la OTAN, retiraría el compromiso de participación activa de sus tropas (marzo de 1966). El segundo paso fue el veto de París al acceso de Gran Bretaña al Mercado Común (1963).

Por su parte, en la República Federal Alemana, la mayoría absoluta conseguida por los socialdemócratas en 1969, que cerró el largo predominio de los democristianos, marcó un momento decisivo para la política exterior europea. Willy Brandt, líder del partido y canciller, puso en práctica la *ostpolitik*, o política del Este, destinada a restablecer las relaciones con el bloque comunista. El paso más notable fue el reconocimiento de la República Democrática Alemana (RDA) en 1972, y rápidamente la RFA se convirtió en el mejor interlocutor de la URSS en la Europa occidental. El establecimiento de relaciones diplomáticas entre las dos Alemanias relajó considerablemente la intensidad de la confrontación bipolar en el centro mismo de sus contradicciones.

La conferencia de Helsinki

Todos los factores que conformaron la *détente* confluyeron en un momento álgido: la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), que tuvo lugar en Helsinki entre 1972 y 1975, y cuyos acuerdos continuaron plenamente vigentes hasta los años noventa.

La conferencia de Helsinki era heredera del Tratado de Seguridad Colectiva en Europa, firmado en Moscú en 1954. Pero la cita de 1972 tenía un espíritu nuevo. Solo la presencia de 35 estados (estuvieron todos los europeos salvo Albania) ya da una idea de su magnitud. En la capital finlandesa se intercambiaron básicamente dos principios.

Primero, los soviéticos obtuvieron el reconocimiento de que las fronteras europeas existentes en aquella época (y por lo tanto las de la RDA) no se tenían que alterar por la fuerza: esta era su gran reivindicación desde la implantación de los regímenes comunistas del Este. A cambio, los soviéticos tuvieron que reconocer un marco más amplio para la cooperación económica, social y técnica con los occidentales, que también incluía, sobre todo, una discusión Este-Oeste sobre los derechos humanos y la violación de estos derechos.

Y segundo, los países occidentales, por inspiración norteamericana, jugaron una carta más idealista. Exigieron compromisos por parte de los soviéticos sobre la protección de la libertad de las personas,

la información y las ideas, incluyendo para su cumplimiento unos comités de observadores que se tenían que asentar y tenían que actuar en los países firmantes, empezando por la propia Unión Soviética. El capítulo sobre derechos humanos podría implicar el germen de cierto aperturismo en los países del Este, que se dio en un grado difícilmente cuantificable, salvo en el caso de Polonia, donde tuvo consecuencias trascendentales.

Por parte soviética, las fronteras vigentes se respetaron hasta el derrumbamiento de los sistemas comunistas a partir de 1989, a pesar de que, de entrada, los occidentales solo habían accedido en declaraciones no vinculantes y rehusaron admitir la inmutabilidad de las fronteras europeas. No obstante, la conferencia de Helsinki fue, de hecho, el foro diplomático que reconoció los resultados territoriales surgidos de la Segunda Guerra Mundial, aunque ya hacía treinta años que la guerra había finalizado. De alguna manera se había acabado la provisionalidad generada por la Guerra Fría.

LOS ORÍGENES DE LA SEGUNDA GUERRA FRÍA

Introducción

A partir de los años setenta, los conflictos bélicos de los estados satélite que rodeaban las dos grandes potencias mundiales pasaron al primer plano de la actualidad política, e influyeron de manera muy importante en el origen y en la evolución de la Segunda Guerra Fría.

El aparente control del enfrentamiento bipolar conseguido a lo largo de la primera mitad de los años setenta recibió un buen golpe en octubre de 1973, cuando inesperadamente estalló la llamada guerra del Yom Kippur en Oriente Medio. No fue una contienda más en la zona, sino un conflicto que tensó dramáticamente las relaciones soviético-americanas y comportó un giro en la situación de Oriente Medio.

La aparición de Israel

La primera fase de conflictos en Oriente Medio estuvo muy ligada a la destrucción del Imperio otomano y a la aparición del Estado de Israel, un problema que tiene sus orígenes en el sionismo del siglo XIX. En el año 1895, el periodista y dramaturgo judeohúngaro Theodor Herzl publicó un opúsculo titulado *Der Judenstaat* ('El Estado judío'). Se abogaba en él por la organización de los judíos de todo el mundo en un ente estatal autónomo como una forma de respuesta al creciente antisemitismo de tipo racial que hacia finales del siglo se extendía por Europa y Rusia. Así nació oficialmente el sionismo, término que hacía referencia, de manera simbólica, al Monte Sion, en Jerusalén, donde en la antigüedad había estado asentado el gran templo judío.

De todos modos, a comienzos del siglo XX, la aventura de colonizar Palestina, un territorio pobre y sin infraestructuras, solo atraía a un puñado de entusiastas románticos, la mayoría socialistas, capaces de organizarse en comunidades igualitarias llamadas *kibbutz*. La gran mayoría de los judíos en todo el mundo a menudo estaban muy bien integrados en las respectivas sociedades; los emigrantes se dirigían mayoritariamente a Estados Unidos o a América Latina. La situación cambió notablemente con la desolación que causaron la Gran Guerra en Europa y la Revo-

lución en Rusia, además del freno que pusieron a la inmigración las autoridades norteamericanas.

Como los canales tradicionales se cerraron, la emigración hacia Palestina empezó a crecer. Con el tiempo, los asentamientos habían ido prosperando, e incluso una ciudad, Jaffa, se había judeizado. Además, los británicos, en los momentos finales de su ofensiva contra los turcos, habían emitido la declaración de Balfour (noviembre de 1917), en la que se proponía un «hogar nacional» para los judíos en Palestina.

La declaración de Balfour

«Tengo el placer de hacerle llegar, en nombre del Gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía hacia las aspiraciones judías sionistas, que ha sido sometida y aprobada por el gabinete: El Gobierno de Su Majestad vería favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y hará todos los esfuerzos que estén a su alcance para facilitar el logro de este objetivo, dando por supuesto que esto se hará sin detrimento de los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, o los derechos y estatus políticos de los que disfrutan los judíos en el resto de los países.

Le agradecería que hiciera conocer esta declaración a la Federación Sionista».

La promesa británica fue ambigua tanto en el planteamiento como en las motivaciones, y tres cuartos de siglo más tarde todavía no se ha explicado

con claridad qué finalidad perseguían sus autores. En cualquier caso, el masivo incremento de la inmigración judía durante los años de entreguerras provocó conflictos cada vez más violentos, que en 1936 desembocaron en una insurrección árabe en Palestina.

La Segunda Guerra Mundial acabó deteriorando la situación de manera irreversible. En previsión de un ataque alemán contra Oriente Medio, los servicios especiales británicos contribuyeron a la formación de unidades judías de resistencia a la vez que, en aplicación de una imposible política de equilibrio, desde 1939 intentaban frenar la inmigración judía, estableciendo unos contingentes de entrada. Durante toda la guerra, las autoridades británicas continuaron negándose a acoger la oleada creciente de refugiados judíos que huían de la persecución nazi, y esta actitud provocó la revuelta armada de la facción sionista más dura, organizada en el grupo terrorista Irgun. La campaña de atentados se extendió desde 1944 hasta 1947, y los sionistas de Irgun aplicaron por primera vez técnicas y métodos que prefiguraban el terrorismo moderno.

A pesar de que la amenaza de explosión del mundo árabe no hacía muy atractiva para los británicos su presencia en Oriente Medio, la decisión final de abandonar el mandato de Palestina se debió, sobre todo, a los elevados costes políticos que implicaba continuar oponiéndose a la inmigración de una inacabable oleada de refugiados liberados de los campos de

concentración nazis, decididos a abandonar Europa para siempre. Además, los norteamericanos, que finalmente se convirtieron en mediadores del conflicto, presionaban en este sentido.

La independencia de Israel

Antes de abandonar Palestina de manera más bien apresurada, los británicos propusieron con desgana una solución confederal para el hipotético Estado palestino que dejaban tras de sí. En febrero de 1947, la cuestión palestina pasó a la ONU, desde donde se propuso la partición de Palestina en dos estados: uno árabe y otro judío. Las retorcidas fronteras de las dos entidades delimitaban los asentamientos naturales de las comunidades, pero como fronteras de dos estados eran completamente irreales. Fue el primer conflicto al que se enfrentó la ONU, y acabó con fracaso.

Desde noviembre de 1947, judíos y árabes palestinos mantenían una guerra de hecho. Pero el mismo día en el que se proclamó la independencia del Estado de Israel (15 de mayo de 1948), los ejércitos de otros países árabes intervinieron en el conflicto y las treguas decretadas por la ONU solo sirvieron para que los contendientes se rearmaran. La guerra finalizó en enero de 1949, con la destrucción por parte de Israel del protoestado palestino y la fuga de 656.000 habitantes árabes palestinos de los territorios ocupa-

dos. Como respuesta, 567.000 judíos del mundo árabe escaparon o abandonaron sus países de origen.

El Estado de Israel nació y vivió durante los años siguientes en medio de un inacabable conflicto con sus vecinos, lo que confirmó la dependencia política y material hacia Occidente, del mismo modo que Cuba la tenía en relación con la URSS.

La creación del Estado israelí actuó, además, como revulsivo en Oriente Medio. Los nuevos estados árabes mantenían fronteras bastante artificiales, con un núcleo histórico real formado por las cuatro grandes ciudades centrales de la cultura árabe: El Cairo, Jerusalén, Damasco y Bagdad. Por lo tanto, la independencia de estos países fue también el comienzo de la búsqueda de la autoafirmación. La vieja contradicción entre la construcción del estado sobre una base religiosa islámica o nacionalista árabe se acabó decantando a favor de la segunda opción.

El modelo que prevaleció durante los primeros años fue el del estado árabe socialista nacional. Aunque el partido Ba't, fundado en 1946 por el sirio cristiano Michel Aflak, fue la base teórica del panarabismo socializante, el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser constituyó la gran figura carismática, especialmente cuando en 1956 consiguió transformar la derrota militar en Suez en una victoria política contra Occidente.

Las guerras entre árabes e israelíes

Los miles de árabes palestinos que habían huido de su tierra durante la guerra de 1948 nunca abandonaron la esperanza de volver, se organizaron en los países árabes que los habían acogido y contribuyeron a mantener la llama de la hostilidad hacia Israel.

Pero en 1967 la tensión derivada de la actuación de las guerrillas palestinas en las fronteras del estado judío parecía que estaba a punto de conseguir cierta unidad árabe en el terreno militar. Ante una amenaza así, los israelíes lanzaron un ataque preventivo a gran escala, que fue conocido como la Guerra de los Seis Días (junio de 1967), porque duró muy poco, y representó una derrota agobiante para los ejércitos árabes, mucho más que las de 1948 y 1956.

Esta derrota reveló que los estados árabes estaban en realidad desunidos. Durante los años siguientes, la guerrilla palestina tomó la alternativa, agrupada bajo el protoestado que representaba la Organización para la Liberación de Palestina (OAP). Pero también aquí se traspasó la crónica falta de unión. De todos modos, la guerrilla palestina sobrevivió, y en años sucesivos su campaña de acciones terroristas absorbió hasta tal punto la atención de los servicios secretos israelíes (Mossad), que fueron tomados por sorpresa en la ofensiva sirioegipcia de 1973.

Como consecuencia de la Guerra de los Seis Días, Israel quedó prisionero de su victoria. Esta victoria no le sirvió para obtener el reconocimiento diplo-

mático de los países árabes, que nunca aceptaron la derrota. Siempre se supo que esto comportaría otra guerra. Por otro lado, las superpotencias se apresuraron a rearmar a sus respectivos estados cliente en Oriente Medio, a pesar de que la guerra de 1967 había demostrado que, llegado el caso, no los podían controlar fácilmente. La Liga Árabe, fundada en 1945, la Federación Árabe (1958) entre Irak y Jordania, o la República Árabe Unida, que unió Egipto y Siria entre 1958 y 1961, tuvieron mucha relación con los posteriores intentos de articular una potencia árabe para retocar la lucha contra el bastión israelí.

La decisiva guerra del Yom Kippur

La revancha árabe, proyectada para 1973, fue diseñada por el presidente egipcio Anwar al-Sadat con el objetivo de conseguir una posición ventajosa para negociar con los israelíes. Los egipcios tenían claro que no podrían aguantar muchos años más los sacrificios que imponía a la economía un rearme continuado, al margen de la constante tensión prebélica con Israel. La idea era llevar a cabo un asalto por sorpresa para reconquistar los territorios ocupados del Sinaí, y también para utilizar la producción de petróleo árabe como un arma contra Occidente, el principal apoyo de Israel. A tal efecto, la desaparición de Nasser y su sustitución por Sadat en la presidencia egipcia fue capital para el acercamiento a Arabia Sau-

dí, un estado islámico conservador. Sadat ya no tenía los sueños panarabistas de Nasser, y las otras potencias de la zona no lo miraban con recelo. Por lo tanto, en un momento en el que el petróleo de Oriente Medio, y no el norteamericano, se había convertido en el último recurso como fuente de suministro mundial, el bloqueo del crudo saudí se transformó en una poderosa arma árabe.

El enfrentamiento no fue muy largo, pero sí muy difícil de llevar a cabo y costoso en hombres y armas. En un panorama mundial de insurrecciones guerrilleras y contiendas de baja intensidad, la del Yom Kippur (denominada así porque los árabes eligieron la fecha de esta fiesta tradicional judía para desencadenar el ataque) fue la guerra convencional más grande desde 1945.

Aparentemente quedó en empate, pero los árabes consiguieron romper el mito de la invencibilidad israelí y abrieron el camino hacia el acuerdo de paz de Camp David, firmado el 26 de marzo de 1979. Este acuerdo representó un triunfo para el presidente norteamericano Jimmy Carter y, por lo tanto, parecía una manifestación más del control que se intentaba instaurar en los años setenta.

Pero la guerra del Yom Kippur tuvo unos efectos indeseables y peligrosos para la paz y la estabilidad mundiales. Primero, tensó las relaciones entre Washington y Moscú, puesto que ni los israelíes ni los egipcios habrían sobrevivido sin el suministro de armas que les ofrecieron sus aliados. Estos llegaron a

lanzar amenazas directas y, cuando menos, los norteamericanos pusieron en estado de alerta nuclear sus fuerzas. Este incidente, en plena época de la *détente* fue muy preocupante, puesto que puso de relieve que el enfrentamiento bipolar se podía agravar al margen de la voluntad de soviéticos y americanos por conflictos que no formaban parte de sus intereses directos.

Segundo, la guerra de 1973 había ayudado a generar el primer choque petrolero a raíz del embargo impuesto por los países árabes contra los occidentales y Estados Unidos debido al apoyo que daban a Israel. Hay que insistir en el hecho de que no toda la responsabilidad de la crisis fue de los países árabes productores de petróleo. Así, las compañías petroleras y otras multinacionales relacionadas con este negocio aprovecharon la coyuntura para subir los precios, vender petróleo de mala calidad como si fuera de primera y drenar inversiones para hacer prospecciones en lugares que no siempre eran apropiados.

Y tercero, la guerra del Yom Kippur fue expresión del protagonismo que el mundo islámico había ido tomando. El nuevo papel de los libios con el coronel Gaddafi al frente, la presión de la OAP palestina, el crecimiento de la potencia pakistaní, el creciente protagonismo de los marroquíes en África, la revancha sirioegipcia sobre Israel, marcaron los hitos del fenómeno en la primera mitad de la década. En la segunda, la revolución iraní señaló la aparición de lo

que en el lenguaje periodístico de la época se denominó la «bomba islámica».

La alternativa panislamista

El recuerdo popular, asociado a los tópicos de la prensa, a menudo identifica la revolución islámica con un fenómeno singular relacionado con Irán. Sin embargo, en realidad era y es un fenómeno que afecta a todo Oriente Medio, parte del Magreb e incluso toda Asia central. Su ascenso durante los años setenta y su pervivencia hasta nuestros días están muy relacionados con una causa concreta, el fracaso sucesivo de los regímenes arabistas y, sobre todo, del socialismo nacional, con sus proyectos de desarrollo que incluían un estado del bienestar a la europea. Son tres los factores más destacados que contribuyeron a este fracaso.

Primero, las sonadas derrotas militares ante Israel afectaron negativamente a los triunfalistas proyectos de unidad panarabista, e incluso a los regímenes organizados sobre la idea del nacionalismo y la eficacia tecnológica «a la europea». La guerra del Yom Kippur no contribuyó a mejorar las cosas, puesto que pronto se comprobó que su objetivo final era conseguir una base de negociación ventajosa con Israel; esto comportó que Egipto recibiera duras condenas de parte de los países árabes, y al final acabó costando la vida

al propio presidente Sadat, víctima de un espectacular atentado organizado por integristas islámicos en octubre de 1981.

Segundo, los proyectos económicos y sociales, que en principio parecían indiscutiblemente progresistas, acabaron mal porque se aplicaron de manera poco adecuada o porque copiaban modelos externos sin tener en cuenta la realidad de los países en los que se llevaban a la práctica.

Y tercero, la gran mayoría de los regímenes no eran democráticos y, por lo tanto, no se podía canalizar el descontento popular a través del juego político y de los procesos electorales, los parlamentos o la prensa libre. Así, las clases más pobres desfavorecidas por el fracasado Estado socializante acabaron buscando formas alternativas de protesta. Estas no se encontraban en las corrientes políticas de izquierda, que se identificaban con la ideología de los regímenes socialistas o socializantes, y que estaban poco adaptadas a los parámetros culturales del país. Por este motivo, la respuesta se buscaba en las adaptaciones políticas de la religión musulmana, especialmente en las variantes más radicales integristas. A pesar de que por tradición histórica habría sido lógico que la revolución fundamentalista hubiera empezado en Egipto, su cuna histórica e intelectual, su foco durante muchos años fue Irán, en Asia occidental, un país que ni siquiera es árabe y donde la variante musulmana tampoco es suní, como la mayoría de los países musulmanes, sino chiita.

El ejemplo de Irán

La antigua Persia cambió su nombre por el de Irán en 1935, diez años después de que un suboficial del ejército tomara el poder mediante un golpe de estado. Reza Mirza Pahlawi, un hombre de origen humilde, se convirtió en sah, o monarca, y fundó su propia dinastía. Fue depuesto por la intervención británica soviética durante la Segunda Guerra Mundial, pero tanto él como su hijo y sucesor, Muhammad Reza, habían apostado por un Estado occidentalizante y laico que tenía su modelo en la vecina Turquía de Kemal Atatürk.

En el caso iraní, esta línea política estaba favorecida por los contactos cada vez más estrechos con los países occidentales, a los que Irán vendía cantidades crecientes de petróleo, que hicieron que el país acabara cayendo en un estado de dependencia semicolonial. En 1951, el régimen intentó reaccionar y nacionalizó la Anglo-Persian Oil Company, lo que costó la vida al primer ministro, contrario a la medida, que fue asesinado por un fanático religioso. El nuevo primer ministro, Muhammad Mosaddeq, líder nacionalista y carismático, llevó las medidas nacionalizadoras todavía más lejos haciendo que el petróleo iraní se quedara sin clientes occidentales. El empobrecimiento acelerado del país supuso el desorden político. En 1953, los servicios secretos británicos y norteamericanos organizaron una operación clandestina, que condujo

a un golpe de estado y al final del doctor Mosaddeq como primer ministro.

Después de la desaparición de Mosaddeq y del arrinconamiento del nacionalismo iraní, el sah tomó el control del país y se convirtió en un monarca-dictador de vida suntuosa, sostenido por una de las policías políticas más poderosas del mundo. También contribuyó a su poder la posición geoestratégica de Irán, que hizo que los norteamericanos convirtieran el país en un firme aliado y en la primera línea de defensa ante la posibilidad de un ataque soviético hacia el Índico. En consecuencia, durante los años sesenta Irán recibió el material militar más moderno en cantidades masivas. Por todo esto, el colapso de la monarquía de los Pahlawi fue inesperado e inusitado, hasta el punto de que durante cierto tiempo no se encontró una explicación estructural lo suficientemente válida sobre lo que lo había causado.

La argumentación más extendida parte de la crisis petrolera de 1973, cuando el barril de crudo aumentó el precio de venta de manera espectacular y provocó un enorme flujo de dólares hacia los países productores, entre ellos Irán, que era el segundo productor del mundo por detrás de Arabia Saudí. La afluencia de riqueza no se distribuyó socialmente ni se aprovechó para modernizar el país en conjunto. Se concentró en pocas manos y en la capital, hacia donde en un periodo muy corto acudió una enorme masa de campesinos. El fenómeno fue tan masivo y abrupto que colapsó Teherán, cuyas infraestructuras no da-

ban para acomodar mínimamente una afluencia de tanta magnitud.

En Irán, pues, el colapso que afectó a los regímenes arabistas y socialistas nacionales se produjo en un periodo muy corto, con la coletilla de que la monarquía del sah nunca impulsó proyectos de desarrollo social equivalentes.

La represión de la policía política no podía detener el malestar y, al final, en 1978, ni siquiera el ejército conseguía contener a los manifestantes, que habían encontrado en el integrismo religioso una ideología igualitaria y revolucionaria, y que llenaban las calles. Su gran líder espiritual y político era el ayatolá Jomeini, exiliado en París. Después de la fuga del sah, en enero de 1979, Jomeini volvió a Irán y encabezó la revolución que transformó el estado en una República Islámica.

La revolución en Irán desconcertó a los analistas norteamericanos, pero también a los soviéticos, puesto que no encajaba en los esquemas de la Guerra Fría, que parecía regular los acontecimientos trascendentales en todo el mundo. Ahora bien, mucha más importancia mundial tuvo el segundo choque petrolero que provocó la revolución iraní. Las huelgas y los disturbios, que en 1980 enlazaron con la guerra entre Irán e Irak, afectaron gravemente a la producción de crudo y se volvieron a repetir las angustias de 1973. Pero esta vez los efectos tuvieron más duración y golpearon todavía más duramente la economía occidental, que apenas había conseguido rehacerse de

la primera crisis seis años antes. Por si fuera poco, el resto de los países de la Organización de Productores de Petróleo (OPEP) aprovechó la oportunidad para subir los precios.

La revolución islámica no se paró en Irán. En los años ochenta, la oleada fundamentalista ya era patente en Egipto y en el Líbano, entre algunas de las milicias que luchaban contra Israel. También llegó a Afganistán, y más tarde pasó a Argelia, donde ya en los noventa la lucha guerrillera derivó hacia espantosas matanzas de población civil. En todos los países donde se dio este tipo de revolución, el antecedente era siempre el mismo: el fracaso de un régimen socialista o socializante más o menos radical o revolucionario, pero «a la europea».

El África negra y otros conflictos incontrolados

La guerra del Yom Kippur, y también las crisis de 1973 y 1980, externas al enfrentamiento bipolar, prepararon el terreno para el fracaso de la *détente* y la aparición de un nuevo enfrentamiento activo pero muy confuso entre Washington y Moscú.

Oriente Medio y el Asia occidental no fueron los únicos escenarios crecientemente desestabilizados. A pesar de que inicialmente y de manera implícita las grandes potencias aceptaban que por el hecho de estar lejos geográficamente de las «zonas calientes» y de

las grandes potencias, en el África negra el enfrentamiento bipolar no era peligroso, los acontecimientos también evolucionaron fuera de control al final de los años setenta.

La masiva intervención de tropas cubanas en algunos conflictos producto de la descolonización portuguesa (guerra civil de Angola) o en guerras interestatales (guerra del Ogaden entre Etiopía y Somalia de 1977) alarmó a Washington. Moscú recurría a los cubanos en parte por sus ansias de extender la revolución en el Tercer Mundo, pero también porque sus caracteres raciales los acercaban más a los africanos. Además, era una manera de demostrar a los adversarios chinos que los soviéticos continuaban estando al pie del cañón, que no eran el imperio caduco burocratizado del que hablaba Pekín. Moscú todavía estaba comprometida con la expansión revolucionaria, para lo que recurría a Cuba, un régimen hermano joven y dinámico. Además, los comunistas cubanos también estaban entusiasmados con la idea de exportar su revolución a África, como lo demostró la presencia del Che en el Congo en 1960.

Aun así, la alarma solo había empezado. En el año 1978 se firmaron los acuerdos de Camp David, que parecía que llevarían la estabilidad a Oriente Medio. Pero además de la turbadora revolución iraní, aquel mismo año vio cómo se tambaleaba la dinastía de los Somoza, que había gobernado Nicaragua de manera abusiva y corrupta durante décadas.

En los años setenta, Nicaragua era otro aliado formal de los norteamericanos, por lo que Washington veía con gran preocupación la insurrección general decretada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que disponía de un apoyo social importante. Finalmente, los sandinistas consiguieron tomar el poder en julio de 1979, lo que el Gobierno norteamericano vio como una nueva edición –esta vez continental– de la revolución cubana, peligrosamente cercana al canal de Panamá. Por el mes de marzo de aquel mismo año se instauró un régimen marxista en la diminuta isla de Granada, situada en el Caribe. Tanto los nicaragüenses como los granadinos recibieron ayuda cubana, aunque el régimen sandinista nunca se llegó a sovietizar, ni siquiera se declaró marxista.

Al otro lado del telón de acero también aparecieron contradicciones engorrosas. El final de la guerra de Vietnam había dejado atrás dos estados vecinos que reproducían a pequeña escala los peligrosos cismas del bloque comunista. Vietnam, ya unificado por la victoria del Norte en 1975, se convirtió en aliado de los soviéticos, mientras que en Camboya se instaló un régimen, el de los khmers rojos, que pretendía copiar el modelo revolucionario chino pero radicalizando unos aspectos determinados. Se intentó que el país deviniera una fuerza agraria, deportando a la población de la capital hacia el campo y sometiendo a la mayoría a trabajos agrícolas. También se ensayó la destrucción de la estructura familiar y se cometieron otros muchos excesos que, aplicados por la fuerza,

comportaron tremendas purgas, calificadas muchas veces de genocidio.

En enero de 1979, tropas vietnamitas invadieron la vecina Camboya y derribaron el régimen de los khmers rojos. Como represalia, en febrero, unidades del ejército comunista chino atacaron la frontera norte de Vietnam, y lo que tenía que haber sido una lección resultó en una derrota humillante para el agresor, que tradicionalmente había demostrado un marcado desprecio racial por los indochinos. Pero la guerra hizo subir nuevamente la tensión entre Moscú y Pekín hasta extremos que se acercaban a la confrontación abierta.

Por otro lado, y lejos de este sector, en Polonia estaba creciendo la fuerza de un sindicato católico clandestino, denominado Solidaridad, y a raíz de una importante huelga desencadenada en agosto de 1980, el Gobierno polaco se vio obligado a reconocer oficialmente su existencia. Por primera vez aparecía en un país del bloque comunista un sindicato contrario a la ideología dominante, y este hecho conmovió a Moscú.

EL FINAL DE UNA ÉPOCA

Introducción

Sin embargo, la ruptura más grande, aquella que finalmente dio lugar a la llamada Segunda Guerra Fría, fue la invasión soviética de Afganistán en la Navidad del año 1979. Entre 1946 y 1973, este país musulmán de Asia central había jugado a hacer cierta política de equilibrio entre los bloques. Era su juego político tradicional, puesto que Afganistán se había consolidado desde mediados del siglo XX como un *buffer state*, o estado-tapón, entre el Imperio británico y el Imperio ruso. A partir del año 1973, el príncipe Muhammad Daud, primo y cuñado del rey Muhammad Zahir, tomó el poder y convirtió Afganistán en una república. A partir de este momento, Kabul se acercó todavía más a Moscú. Con este giro hacia la URSS se fue implantando en Afganistán un régimen socializante, modernizador y laico: se idearon profundas transformaciones para la estructura

agraria del país y se intentó eliminar cualquier tipo de resistencia desde ambientes musulmanes integristas con muchas detenciones.

Pero del mismo modo como había sucedido en otros países del Tercer Mundo, el régimen modernizador subestimó el profundo arraigo de las tradiciones culturales y la combatividad del pueblo y de los mismos líderes. Cinco años más tarde del golpe, el régimen de Daud se tambaleaba completamente colapsado. Ante el desastre, el nuevo dirigente intentó separarse de los padrinos soviéticos y derivó hacia una dictadura más conservadora. El intento de liquidar a los comunistas afganos costó la vida a Daud y a toda su familia durante el golpe de abril de 1978.

A partir de aquí se abrió un periodo de confusión, en el que grupos opuestos dentro del mismo Partido Demócrata del Pueblo (PDPA), de tendencia comunista, lucharon entre sí. La reforma agraria y otras medidas modernizadoras habían fracasado y proliferaban las guerrillas musulmanas tradicionalistas (los muyahidines). En estos momentos, los soviéticos ya estaban muy alarmados. Afganistán parecía ingobernable, y cada vez era más evidente que la revolución islámica en el vecino Irán tenía mucha relación. No en vano, el 20% de los musulmanes afganos eran chiitas –la población más pobre de país– y miles de estos hablaban dari, un dialecto del farsi persa, la lengua oficial de Irán.

El 23 de diciembre de 1979, las tropas soviéticas entraron en Afganistán. Liquidaron a Hafizullah

Amin e instalaron en el poder a otro líder comunista, Babrak Karmal. Pero la intervención del Ejército Rojo no era una operación puntual, sino una invasión que en cuatro días controló los puntos clave del país. Los soviéticos se habían implicado de pleno en la guerra afgana y se vieron inmersos en ella durante siete años. El país les era muy hostil y geográficamente sus agrestes montañas y su dura climatología hacían muy difícil controlarlo militarmente más allá de las grandes ciudades. Además, los muyahidines pronto empezaron a recibir armas de los norteamericanos, de varios países musulmanes e incluso de China.

Afganistán fue el primer país del Tercer Mundo invadido por los soviéticos, y esto deterioró de manera irreversible el estereotipo de que eran los aliados naturales de los países pobres. Por otro lado, las tropas soviéticas cometieron numerosas atrocidades contra la población civil –igual que los norteamericanos en Vietnam– y provocaron una enorme riada de fugitivos (en 1981, Pakistán acogía a dos millones de refugiados afganos, e Irán acogía a dos millones más). Con el tiempo, la guerra de Afganistán fue el catalizador de todos los combatientes fundamentalistas musulmanes del mundo. Muyahidines afganos o de otros países, pero veteranos de esta guerra, lucharon en Egipto, Argelia y Bosnia, entre otros conflictos.

La resistencia antisoviética en Afganistán

Ni en los momentos álgidos de la guerra de Afganistán se tuvo desde Occidente un panorama claro de la multitud de grupos y grupúsculos de muyahidines afganos. En cuanto a las tendencias políticas, un esquema muy genérico sería el siguiente:

Los chiitas. El Harak-y-Islami era el único partido chiita importante, pero sus integrantes provenían de las ciudades y eran hostiles a Irán. El proiraní era el Sazman-y-Nasar (Organización para la Victoria).

Los tradicionalistas suníes, que eran partidarios del regreso de la monarquía y de un sistema político como el de antes de 1973. A pesar de que con ideas a veces opuestas entre ellos, todos eran nacionalistas afganos. Formaban parte de ellos partidos como el Frente de Liberación Nacional de Muyahidí, el Movimiento Revolucionario Islámico y, sobre todo, el monárquico Frente Nacional Islámico, dispuesto incluso al compromiso con la URSS.

Los fundamentalistas suníes, que militaban por la instauración de un Estado islámico. Entre ellos había pastunes y tayikos, normalmente enfrentados entre ellos. El más duro era el Hezb-y-Islamí de Gulbuddin Hektmatyar, pastún. El Ittihad, por su parte, tenía el respaldo de Arabia Saudí. Uno de los más populares fue el Jamiat-y-Islami (Sociedad Islámica) de Burhanuddin Rabbani, mayoritariamente tayiko y uzbeko.

La invasión provocó la airada respuesta norteamericana. Hacia enero de 1980, Carter ya anunció sanciones contra la Unión Soviética. Primero se prohi-

bieron las ventas de grano americano a la potencia comunista, y más adelante se promovió el boicot contra los Juegos Olímpicos de Moscú. Pero sobre todo la tensión militar entre los dos bloques se incrementó de golpe y todavía aumentó más cuando el presidente Reagan llegó al poder en Estados Unidos, en enero de 1981. La *détente* había quedado olvidada y empezaba una Segunda Guerra Fría, tan peligrosa como la primera, o más todavía.

De la humillación a la arrogancia: la era Reagan

En las elecciones de 1980, el presidente Jimmy Carter fue derrotado por el republicano Ronald Reagan. Hasta entonces, Carter había sido el presidente del «juego limpio», votado por los norteamericanos para conjurar al fantasma Nixon y la humillación del Watergate. Pero en los momentos finales de su presidencia, la proliferación de conflictos incontrolados para los que no había tenido respuesta dañaron irreversiblemente su imagen. Acontecimientos como, por ejemplo, la victoria sandinista en Nicaragua, la caída del sah en Irán y la presencia soviética y cubana en África contribuyeron a dar una imagen irresoluta y débil de la primera potencia mundial.

La política exterior

La presencia de Reagan en la Casa Blanca parecía responder, en principio, a un relanzamiento de Estados Unidos como gran potencia internacional. En este impulso, la carrera nuclear volvió a estar de actualidad. La dialéctica extremista de Reagan, que solía calificar a la Unión Soviética como «imperio del mal» fue más un estorbo que una ayuda, puesto que generó la resistencia de los aliados europeos, presionados por las opiniones públicas respectivas.

Los intentos norteamericanos de bloquear la construcción de un gasoducto soviético hasta la Europa occidental lo convirtieron en un personaje todavía más antipático. Junto con los nuevos programas de rearme norteamericano, la iniciativa de defensa estratégica levantó una gran expectación. Conocido pronto como la «guerra de las galaxias», el plan preveía desplegar en la órbita terrestre un complejo sistema de satélites, cañones láser y sistemas de reflexión para abortar un hipotético ataque atómico soviético desde sus orígenes. El plan era carísimo y desvelaba serias dudas sobre su eficacia entre la comunidad científica. De hecho, con el tiempo se supo que el proyecto había sido un gran farol casi desde el principio, y que incluso se llegaron a falsificar pruebas e informes destinados al Congreso.

Todas estas bravuconadas, que en Occidente causaban una alarmante sensación de inestabilidad, consiguieron impresionar a los soviéticos y especialmen-

te a Yuri Andrópov, el sucesor de Brejnev después de su desaparición en 1982. Andrópov, que había sido jefe de la KGB durante quince años, estaba convencido de que los norteamericanos estaban a punto de conseguir una fuerza nuclear bastante poderosa para llevar a cabo un ataque nuclear con éxito contra la Unión Soviética.

En los años ochenta, esto supuso momentos de gran tensión y de peligro real. En aquel momento, las relaciones entre las dos potencias eran especialmente tensas después de la suspensión de las conversaciones START para limitar las armas estratégicas. También provocó mucha indignación el abatimiento, por cazas soviéticos, de un avión comercial surcoreano con 269 pasajeros a bordo, que se había desviado de su ruta y que sobrevolaba por error el territorio de la URSS.

En conjunto, y salvo esta parte de la política exterior, el resto de las acciones que emprendió la Administración Reagan, cuando menos en su primer mandato, a la hora de la verdad fueron más espectaculares que eficaces.

Por ejemplo, el apoyo a los guerrilleros antisandinistas en Nicaragua, conocidos como la Contra, no consiguió derribar el Gobierno revolucionario. Todavía más, algunas operaciones clandestinas llevadas a cabo por la CIA provocaron más animadversión internacional contra los norteamericanos y provocaron la simpatía por los sandinistas.

O también la fulminante invasión de la minúscula isla de Granada por tropas norteamericanas y la liquidación del régimen de tipo marxista que se había instalado allí no fueron una gran compensación. En realidad, la Segunda Guerra Fría transcurría en medio de una confusión notable de objetivos.

Para rematar el cuadro, la breve intervención norteamericana en la Fuerza Multinacional que tenía que intermediar en la guerra civil libanesa acabó en desastre. En octubre de 1983, comandos suicidas chiitas destruyeron la embajada norteamericana y en los barracones de las fuerzas americanas mataron a 239 soldados. Todo ello provocó la apresurada retirada de los norteamericanos.

La «reaganomía»

En realidad, el énfasis de la política de Reagan se puso en la economía, y sus nuevos métodos se presentaron después como una verdadera revolución. La «reaganomía» se basó en la presunción de que el keynesianismo había muerto, y con este la intervención estatal en la economía privada. Era el regreso a las fórmulas económicas neoliberales, y la receta mágica se basaba en la disminución de los impuestos, que implicaría una mayor inversión, la creación de puestos de trabajo y el crecimiento de la producción. Además, el gasto público experimentó reducciones im-

portantes y la política social impulsada hasta entonces por los demócratas se estancó.

En la primera fase los resultados fueron favorables. A partir de 1983 creció espectacularmente el PIB, se paró la inflación, se movilizó la bolsa y bajó la tasa de paro. Los resultados fueron decisivos para entender la reelección de Reagan en 1984.

Evidentemente, el renovado enfrentamiento con los soviéticos requería sanear la economía. En realidad, no obstante, las medidas de Reagan entraban en un marco más amplio en el que también participaban importantes estados europeos. De hecho, la vuelta conservadora había empezado en Gran Bretaña, donde Margaret Thatcher había llegado al poder en 1979. En 1982 les siguió el democristiano Helmuth Kohl en Alemania, que puso fin a los trece años de predominio socialdemócrata. Evidentemente, estas coincidencias no se podían interpretar como parte de un frente unido antisoviético. En realidad, obedecían a la crisis del estado asistencial y a los retos que planteaba la transformación de las economías de servicios.

De hecho, el enfrentamiento bipolar se estaba trasladando aceleradamente al terreno soviético: por un lado, los arsenales nucleares ya no eran decisivos y, por otro, los tableros de enfrentamiento convencional en la periferia eran cada vez más confusos. Los aliados de las superpotencias eran más y más dudosos. La victoria sería para aquel de los dos sistemas

que consiguiera superar el nuevo gran reto social y económico.

Cambios políticos en la Unión Soviética

La muerte de Brejnev abrió una época de cambios en la Unión Soviética que finalmente desembocaron, gracias a la *perestroika* de Gorbachov, en la apertura del país hacia formas capitalistas.

La incierta sucesión de Brejnev

La muerte de Brejnev abrió un breve interludio, de algo más de dos años, en la dirección de la URSS. El primer sucesor, Yuri Andrópov, antiguo jefe de la KGB entre 1967 y 1982, fue elegido como la alternativa de emergencia que tenía que poner fin al estancamiento y a la corrupción. Pero estaba enfermo, y de los dieciséis meses que duró su mandato, pasó cinco en el hospital. El breve periodo Andrópov estuvo marcado por importantes tensiones en la Guerra Fría. Después de su muerte tocó el turno a Konstantín Chernenko (1984). Sin embargo, este, que todavía era más mayor que su antecesor, no llegó a diseñar una política clara y solo sobrevivió un año en el cargo. En aquellos momentos, toda una serie de problemas estructurales serios amenazaban a la continuidad

del régimen soviético. El primero era la dificultad del sistema para conseguir fórmulas de sucesión funcionales. El problema era tan antiguo como el Estado soviético, y se había puesto dramáticamente de manifiesto durante los años veinte, en la pugna por el poder entre Stalin y Trotski, y bastante más tarde, en 1964, con el golpe de palacio contra Jruschov.

Este fenómeno, que hacía que cada relevo fuera una apuesta por las luchas internas que desencadenaba, reflejaba que la Constitución soviética (la última había sido aprobada en 1977, pero era una simple versión de la de 1936) no tenía funciones reales. Los mecanismos de corrección eran nulos, la ideología dominaba profundamente el espíritu de la Constitución y las únicas instituciones objetivas eran el PCUS, el ejército y el aparato de seguridad. A partir de aquí, la amenaza de inestabilidad permanente, aunque no fuera visible, siempre estaba presente. Y, por otro lado, la inexistencia de unas reglas del juego externas al régimen impedían abrirlo y flexibilizarlo sin destruir su esencia.

En segundo lugar, durante el largo periodo en el que Brejnev había permanecido en el poder, se había congelado el tímido intento aperturista, en un sentido tecnocrático, del periodo Jruschov. Nuevamente se había vuelto a la industria pesada, y el desarrollo armamentista había dejado de lado el suministro de bienes de consumo a la población. Los enormes gastos del llamado complejo militar industrial habían evitado las inversiones en la revolución del transpor-

te y la comunicación, por no hablar del sector de servicios, que ya había vivido el mundo occidental en los años sesenta. A la larga, los costes de mantener unas economías de escala anticuadas acabaron siendo prohibitivos.

En tercer lugar, la ineficacia económica, la crisis crónica en la distribución de bienes, y también las estrechas vías de promoción social fomentaron una corrupción galopante en todos los ámbitos, tolerada hasta cierto punto por el Estado, puesto que era una manera, aunque no oficial, de paliar estos problemas. Aun así, la eficacia de las economías «negras» y «grises» no tardó en desarrollar un dinamismo imparable que amenazaba con carcomer íntegramente todas las instituciones soviéticas.

Finalmente, la expansión interna y externa generaba unos costes astronómicos. Los desastres ecológicos y medioambientales producidos por las campañas de colonización agrícola en Asia central en los años sesenta y setenta y, en general, por todo el proceso industrializador, eran incalculables. De hecho, los primeros gérmenes de oposición al sistema, y no solamente en la URSS sino en varios estados satélite, provinieron de movimientos ecologistas.

Además, los costes de mantenimiento de la hegemonía exterior también eran muy elevados. A lo largo de los años setenta y ochenta quedó muy claro que el llamado «bloque socialista» era, de hecho, un sistema de estados con intereses y juegos propios. Así, el simulacro de integración en un único movimiento

universal se revelaba, cada vez más, como una farsa. Las relaciones de dependencia hacia la URSS se habían ido sustituyendo por el viejo sistema de lucro. Si Moscú tenía influencia sobre algunos países del Tercer Mundo era, sobre todo, en función de las subvenciones o suministros energéticos que les otorgaba, las armas que les facilitaba o los productos que les compraba.

La solidaridad soviética costaba millones y afectó al desarrollo interior del país. Faltaba dinero para las infraestructuras de comunicación o para desarrollar un mercado de bienes de consumo, y Moscú tenía que pagar en el exterior muchos productos a un precio más caro que en el mercado internacional, en virtud de la «solidaridad ideológica» con los países amigos que los producían.

Gorbachov y la perestroika

La muerte de Chernenko, en marzo de 1985, significó el ascenso inmediato de Mijaíl Gorbachov a la cúpula del liderazgo soviético, aunque de hecho ya hacía meses que era reconocido, incluso en el extranjero, como un personaje de gran peso político. Con todo, no era un fenómeno aislado: formaba parte de un equipo de reemplazo colocado en el Comité Central y en otros centros de poder por Andrópov durante su breve interregno.

Los problemas estructurales a los que se enfrentaba Gorbachov eran inmensos, y, una vez en el poder, el nuevo líder empezó aplicando el programa de reformas diseñado por Andrópov, centrado en la lucha contra la corrupción y la imposición de medidas disciplinarias en el trabajo. Aun así, Gorbachov no tardó en adoptar una nueva actitud. En el origen había una relación mucho más relajada y comprensiva hacia la *intelligencija* –intelectualidad soviética– que la de sus predecesores. Esto abarcaba desde la tolerancia hacia las críticas contra el sistema en los medios y en el mundo del arte, hasta informes científicos sobre el estado de la URSS.

Ya en 1986, el nuevo estilo de Gorbachov tomó carta de naturaleza. Durante el largo XXVII Congreso del PCUS, celebrado entre febrero y abril, el nuevo líder habló abiertamente de la necesidad de *glasnost* (transparencia) como una de las premisas básicas para impulsar la perestroika o reconstrucción de la URSS. Como rúbrica de esta nueva política, Gorbachov promovió la renovación del Comité Central en el 40% de sus miembros.

Pero más que unas medidas o decisiones concretas, la perestroika fue desde el principio un estado de ánimo, una actitud. Gorbachov y el equipo que creó a su alrededor a lo largo de 1985 eran una buena expresión de esto. En general, eran hombres nacidos a finales de los años veinte o a principios de los treinta (el propio Gorbachov tenía solo 54 años), que por su edad no se habían visto amenazados por las purgas

de Stalin, no habían combatido en la Segunda Guerra Mundial y, de hecho, habían adquirido sus primeras responsabilidades durante el periodo liberalizador de Jruschov.

El accidente de la central nuclear de Chernóbil (Ucrania), que tuvo lugar el 26 de abril de 1986, fue un hecho inesperado que precipitó el paso a medidas concretas. Las nubes radiactivas, que se expandieron en abanico y afectaron a buena parte de Bielorrusia, los países bálticos y escandinavos, Ucrania y Europa central y oriental, obligaron a evacuar a más de ciento cincuenta mil personas, y afectaron seriamente a la salud de un número indeterminado. Chernóbil fue el espejo del estado de deterioro en el que estaban la tecnología y la economía soviéticas, y esto se mostró en el mundo en una primera muestra de la *glasnost* informativa.

La ley sobre el trabajo individual que tenía que favorecer la aparición de un sector semiprivado se aprobó en noviembre de aquel mismo año. Pero, sobre todo, fue el Nuevo Mecanismo Económico, al cual dio luz verde el Sóviet Supremo el 29-30 de junio de 1987, el que marcó el punto de partida de una autogestión empresarial que puso fin a la planificación centralizada: hasta julio de 1988 se constituyeron 20.000 empresas cooperativas semiprivadas. Con todo, cualquier intento de rentabilizar mínimamente el aparato económico de la URSS requería atenuar la carrera de armamentos con Estados Unidos.

Desde la muerte de Andrópov, Gorbachov tenía muy claro que los soviéticos no estaban en condiciones de seguir el paso del reto que había lanzado Reagan. A partir de este momento, el gigantesco sistema defensivo estaba condenado a quedar obsoleto en muy poco tiempo, con lo que tampoco serviría ya para su función. A cambio, continuaría consumiendo la mayor parte del presupuesto estatal sin aportar nada al resto de la economía, puesto que en la URSS la industria civil y la militar estaban rigurosamente separadas. Finalmente, era demasiado peligroso continuar manteniendo la tensión Este-Oeste generada bajo el mandato de Andrópov.

Las primeras iniciativas de Gorbachov para desactivar la Guerra Fría despertaron en los ambientes militares occidentales un recelo seguido de un desconcierto. El 30 de septiembre de 1985, en la conferencia de Ginebra, los soviéticos lanzaron la primera propuesta para una reducción voluminosa de armas estratégicas. Pero la vehemencia de las ofertas hacía sospechar a los americanos que Gorbachov solo intentaba desactivar la Iniciativa de Defensa Estratégica. Finalmente, el 8 de diciembre de 1987, los presidentes norteamericano y soviético firmaron en Washington el tratado INF (armas nucleares intermedias) para la liquidación de los misiles de alcance medio.

Este acuerdo, el primero de desarme efectivo desde la Segunda Guerra Mundial, dio un enorme prestigio a Mijaíl Gorbachov, y esto hizo que la peres-

troika cobrara carta de naturaleza en Occidente. El siguiente paso espectacular fue la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán, iniciada el 15 de abril de 1988. Pero el gran golpe de gracia tuvo lugar en diciembre de aquel mismo año, cuando Gorbachov anunció ante la Asamblea General de las Naciones Unidas el repliegue de un importante contingente de tropas soviéticas de la Europa oriental. La promesa se materializó el 18 de enero de 1989 con la noticia de reducciones en el presupuesto militar soviético de hasta el 14% y el regreso a la URSS, desde sus bases en los países satélite del Este, de 240.000 soldados soviéticos y 10.000 carros de combate.

El derrumbamiento del bloque oriental

El objetivo final de la perestroika apuntaba a rentabilizar el sistema. Era una apuesta arriesgada, puesto que podía acabar destruyéndolo, tal y como pasó. Pero Gorbachov creía en la bondad última del régimen soviético y nunca llegó a pensar que pudiera desaparecer.

Dentro de este esquema, los países del Este debían tener un papel destacado. Había que liberalizarlos, lo cual favorecía cierto grado de integración con la mitad occidental del continente. De este modo, pasarían a ser canales de contacto permanente para obtener inversiones, tecnología y, en definitiva, el mayor grado posible de distensión y colaboración.

La manera de poner en marcha el proceso consistió, simplemente, en no hacer nada para defender los viejos regímenes al este de Europa. No está claro hasta dónde se pensaba llegar. En todo caso, los límites quedaban marcados por la renuncia a utilizar la fuerza. En el cálculo, hecho a partir de un plazo corto, parecía que se consideraba que, una vez liberalizados los sistemas respectivos y asegurada cierta base de bienes de consumo y de libre contacto con Occidente, el grueso de las poblaciones no renunciaría a los beneficios del Estado benefactor construido por los regímenes comunistas.

Polonia y Hungría, cada una a su estilo, fueron las locomotoras del cambio. Se sabía que, en líneas generales, en los estados comunistas centroeuropeos, los regímenes impuestos por los soviéticos después de la Segunda Guerra Mundial tenían una aceptación más reducida que en los balcánicos.

En Rumanía y en Bulgaria, los líderes autóctonos habían insistido siempre en que los respectivos partidos comunistas controlaban la situación antes de la llegada de los tanques soviéticos, al final de la contienda. Además, el estado del bienestar, a pesar de que era muy limitado en sus ofertas, había sustituido la miseria y el atraso que reinaba en buena parte de la población durante los años de entreguerras y antes. Pero, sobre todo, la puesta en marcha de una infraestructura industrial no solamente invirtió los porcentajes entre población rural y urbana que existían anteriormente, sino que creó un verdadero estrato pro-

fesional, un tipo de pequeña clase media que apenas había existido en estos países antes de 1945.

Esto hacía que los regímenes balcánicos fueran más estables: nunca se había producido una intervención militar soviética o un golpe de estado violento desde 1945, a diferencia de lo que había sucedido en Hungría, Checoslovaquia o Polonia. En cuanto a los países de Europa central, se confiaba en que el nivel de vida que se había logrado en la RDA, Polonia, Hungría o Checoslovaquia en el periodo de 1987-1988 haría reflexionar a quienes desearan un cambio en profundidad hacia la aventura incierta del capitalismo. Pero al parecer, en Moscú no se tuvo en cuenta el efecto del impacto emocional, que hizo naufragar la experiencia.

Polonia era el eslabón más débil. Las crisis económicas y los brutales reajustes salariales ya habían producido revueltas obreras en 1970. Diez años más tarde, se volvió a repetir la misma contingencia, pero esta vez el régimen no osó reprimir a los contestatarios con la misma fuerza y esta irresolución dio pie a la aparición de un sindicato independiente, *Solidarnosc* (Solidaridad), en verano de 1980, que a su vez consiguió forzar al Gobierno a un pacto en el que reconocía su existencia legal. En la decisión demostrada por los obreros polacos y parte de la población influyó mucho el hecho de que dos años antes el arzobispo de Cracovia, el cardenal Karol Wojtyla, fuera elegido como nuevo papa. En 1979, Wojtyla visitó Polonia y

las multitudes enardecidas salieron a la calle en honor del pontífice polaco.

En plena Segunda Guerra Fría, los comunistas polacos no estaban dispuestos a tolerar el hundimiento del régimen, y antes de que se produjera una intervención soviética, el ejército polaco dio un golpe, en diciembre de 1981, e ilegalizó Solidaridad. Pero la situación económica no mejoró y el descontento crecía entre la población. La llegada de Gorbachov al poder y la puesta en marcha de la perestroika acabaron por hacer decidir al régimen comunista pactar una salida consensuada con la oposición. En 1988, de la llamada «mesa redonda» surgió el acuerdo de organizar unas elecciones parcialmente libres que se celebraron en el verano siguiente y en las que los candidatos surgidos de Solidaridad obtuvieron una gran victoria.

La trayectoria del régimen húngaro había sido inversa a la de Polonia. Después de la invasión de 1956 no se volvieron a producir conmociones políticas importantes. Los líderes locales se concentraron en el desarrollo económico y tecnológico, que triunfó plenamente en mitad de los años sesenta. El resultado fue lo que popularmente se denominó el comunismo del *goulash*, haciendo referencia al popular plato húngaro, es decir, un equilibrado sistema de bienestar económico y promoción social moderada.

Como en el caso polaco, también en Hungría el sector más aperturista del partido empezó a desmontar el régimen por iniciativa propia. Pero aquí ni si-

quiera existieron las tensiones derivadas de la aguda crisis económica polaca y la presión de Solidaridad. Evidentemente, el reflejo de la perestroika también había llegado a Hungría y se manifestó a lo largo de la segunda mitad de 1988 y la primera de 1989, cuando se empezó a trabajar en todo un nuevo cuerpo constitucional y legislativo para abrir camino al pluralismo político. En octubre de aquel mismo año, el Partido Socialista Obrero Húngaro se autodisolvió y se convirtió un partido socialista de impronta socialdemócrata. Este acontecimiento extraordinario tenía varias explicaciones: el deseo de completar el salto a la liberalización antes de que la situación empeorara en Moscú, el explícito apoyo norteamericano, la tradicional emulación del ejemplo polaco y la experiencia histórica de un país en el que el parlamentarismo nunca se había ejercido sobre una base realmente popular y, por lo tanto, los cambios políticos decisivos siempre se habían hecho desde arriba, y habían desbordado incluso a la oposición cívica más radical.

En cualquier caso, el acontecimiento más trascendental de la liberalización húngara para todo el bloque oriental fue el desmontaje, ya en mayo, del telón de acero en la frontera entre Hungría y Austria, que rápidamente atrajo una oleada de alemanes del Este deseosos de escapar a la RFA. La masa de población que el muro de Berlín había detenido en 1961 se retomó mucho más dramáticamente hasta el punto de que en 1989 hizo tambalear seriamente el régimen de Honecker, que en un principio no estaba amenazado

por ningún proceso de contestación importante desde el interior. De hecho, el nivel de vida en la RDA era aceptablemente bueno y un porcentaje considerable de quienes habían huido hacia el Oeste en 1989 eran jóvenes bien situados.

Fue la población que decidió quedarse en la RDA la que empezó a protestar en masa por las calles. Moscú desaconsejó la tentación de recurrir al uso de la fuerza a la hora de disolver las manifestaciones. Ante la incapacidad de controlar la situación, el viejo dirigente Erik Honecker se vio obligado a dejar el poder. Pocos días después, el 9 de noviembre, y ya en pleno proceso de liberalización del régimen, la noticia de que se estaban autorizando pases permanentes de salida hacia la RFA para los ciudadanos de la RDA lanzó a la multitud contra el muro. La guardia fronteriza quedó desbordada y por primera vez miles de berlineses del Este pasaron libremente al sector occidental.

La imprevisible caída del muro de Berlín aceleró la descomposición de todo el bloque oriental. El día siguiente de la caída del muro, un golpe de palacio organizado por los elementos más aperturistas del Partido Comunista Búlgaro (con el consentimiento soviético tácito) derribaba al viejo líder Todor Zivkov. En Praga, la multitud en la calle hizo caer sin violencia al régimen comunista, que parecía muy firmemente asentado; fue la llamada «revolución de terciopelo». Finalmente, el 17 de diciembre, un estallido popular en la ciudad rumana de Timisoara encendió la

llama de una revolución que se acabó extendiendo a Bucarest e hizo caer al dictador Nicolaie Ceausescu.

Este hecho cerró el ciclo de otoño e invierno de 1989, que se prolongó brevemente con la aceptación del multipartidismo en Albania en diciembre de 1990. En conjunto, el hundimiento del bastión soviético avanzado que constituía la RDA hizo inviable la continuación del resto de los regímenes del Este, muy ligados económicamente y militarmente entre sí. Pero en la precipitación del fenómeno había tenido un gran papel el deseo de no ser menos que el vecino y la esperanza de que aquel era el momento para subir al tren de la Europa rica y victoriosa.

Victoria final de los occidentales

Al empezar 1990, el mundo occidental estaba eufórico. El bloque oriental había desaparecido, el muro había caído, la vía hacia la reunificación de Alemania estaba abierta (3 de octubre de 1990) y, por lo tanto, parecía que la Guerra Fría tocaba a su fin. Gorbachov había demostrado con creces su espíritu conciliador y reformista, ahora casi revolucionario. Aquel mismo 1990 trajo lo que entonces parecía la confirmación definitiva de lo que se denominó pomposamente el «nuevo orden» internacional.

La gran coalición contra Irak

Hacia agosto de 1990, el ejército iraquí, dirigido por el dictador Saddam Hussein, invadió en un solo día al vecino Kuwait. El objetivo era conseguir el petróleo kuwaití para compensar los gastos y los desastres de la larga guerra que habían mantenido con Irán (1980-1988), que les había costado medio millón de bajas. Si juntaba sus reservas de crudo con las kuwaitíes, Bagdad podía controlar el 20% de todas las del mundo.

Hussein también necesitaba éxitos en política internacional, puesto que la guerra contra Irán había quedado en empate: no había acuerdo de paz, no volvían los 60.000 prisioneros iraquíes y se continuaba manteniendo en pie de guerra un ejército de un millón de hombres que absorbía el 30% del PNB de un país con solo 18 millones de habitantes.

Así pues, cuando la Guerra Fría parecía finalmente desactivada, los occidentales se enfrentaban a una crisis inesperada en uno de los antiguos tableros secundarios. La reacción norteamericana, y de una parte del mundo árabe, fue rápida y enérgica. Los primeros empezaron a enviar tropas a Arabia Saudí solo seis días después de la invasión, y la Liga Árabe condenó la acción iraquí ocho días más tarde. Sobre estas acciones se organizó una enorme coalición internacional antiiraquí apoyada por la ONU.

El momento era glorioso. Parecía bastante claro quiénes eran los culpables y quiénes las víctimas, y

se trataba de una crisis diplomática clásica, de agresión e invasión de un estado soberano por otro. No ofrecía problemas desde el punto de vista del derecho internacional. La coalición que surgió de todo esto superaba cualquiera de las organizadas en la historia contemporánea desde las guerras napoleónicas. Como la URSS colaboraba en el Consejo de Seguridad, la ONU parecía que había devenido un instrumento útil para imponer un nuevo orden mundial. La supuesta amenaza de un nuevo choque petrolero contribuía a la resolución mostrada por los occidentales. Pero sobre todo existía una clara voluntad de corregir el equilibrio de fuerzas en el siempre inestable Oriente Medio, después de la descongelación de la Europa oriental.

La Tormenta del Desierto

La operación aliada se llevó a cabo con una gran precisión y eficacia. Después de una larga campaña de bombardeo contra Irak (37 días), los 680.000 soldados de la coalición aplastaron al ejército iraquí y liberaron a Kuwait en un tiempo récord (cuatro días), con escasas bajas y de entre 80.000 y 100.000 muertos del bando iraquí.

En medio de la embriaguez de optimismo que vivía Occidente en 1990, parecía que pocos conflictos quedarían sin resolver después de la definitiva derrota de los soviéticos en la Guerra Fría.

Las transiciones al Este y el final de Yugoslavia

Mientras tanto, en la Europa oriental, peligrosas contradicciones continuaban su curso. A mediados de 1990 empezó a quedar claro que Europa occidental centraba sus preferencias en Hungría, Checoslovaquia y Polonia, además de la RDA, cuyo proceso de reunificación con la otra Alemania avanzaba rápidamente. Contrariamente, Rumanía y Yugoslavia, que habían sido centro de las atenciones occidentales durante años por su valor como cuñas contestatarias en el bloque soviético, quedaban marginadas. Pasaba lo mismo en Bulgaria y, por supuesto, en Albania, todavía bajo el régimen comunista.

El caso de Yugoslavia era el más peligroso, puesto que antes de la caída del muro, a pesar de sus dificultades económicas, había figurado en los primeros lugares de la cola de países que esperaban alguna forma de colaboración especial con la Comunidad Europea. El remolino de 1989 lo había desbancado a la cuarta o quinta posición.

Durante los años de la Guerra Fría, los pueblos que integraban Yugoslavia habían permanecido unidos, entre el este y el oeste, ante la posibilidad de un ataque exterior. Al final de los años ochenta, la crisis económica parecía insuperable, y en cada una de las repúblicas que la integraban, las oligarquías nacionales gobernaban sin el control de las urnas y de la prensa libre. Eslovenia y Croacia, las más ricas y desarrolladas, pensaban que tenían opciones para en-

trar en la Europa rica, pero sin el lastre de las repúblicas más pobres. Serbia, con un estatus intermedio, se empeñaba en mantener unida la federación, hasta con tentaciones de recurrir a la fuerza. En 1991 Yugoslavia aportaba el precedente más visible de una situación que no tardaron en emular los checos y los eslovacos, que se separaron de mutuo acuerdo y sin violencia el 1 de enero de 1993.

Las incertidumbres en la Yugoslavia de 1991 se revistieron con el recuerdo de supuestas deudas nacionalistas, lo que además de avivar los odios locales sirvió para desconcertar y desunir a las potencias europeas, especialmente a Alemania y a Francia. La abundancia de armas e industrias armamentísticas que la población tenía al alcance, restos del sistema de defensa civil organizado en 1969 en previsión de un ataque soviético, facilitaron que los enfrentamientos políticos degeneraran en luchas sangrientas cuando la minoría serbia de Croacia no aceptó la independencia de la república y tomó las armas con el apoyo de Serbia.

Los occidentales quedaron paralizados por el estallido de la guerra en Eslovenia y Croacia en el verano de 1991. La oleada de emotividad que generó la primera contienda vivida en Europa desde 1949 (o desde 1956, si contamos la intervención soviética en Hungría) impidió desarrollar acciones coordinadas y eficaces para intentar parar el enfrentamiento. Esta reacción era fruto, en buena parte, del exceso de confianza generado por la operación Tormenta del De-

sierto, que olvidaba la multitud de guerras «marginales» que habían tenido lugar desde 1945 y que nunca se habían intentado evitar o controlar. En cualquier caso, la advertencia de la operación Tormenta del Desierto no había llegado a las repúblicas yugoslavas: el nuevo orden, por su magnitud planetaria, no impresionaba a los pequeños nacionalismos de objetivos limitados.

La desintegración de la Unión Soviética

Mientras tanto, un acontecimiento aún de mayor envergadura hizo que el verano de 1991 deviniera la frontera de una época. La caída del muro y la fulminante desintegración del bloque oriental a lo largo del otoño y del invierno de 1989 habían señalado el cenit de la popularidad internacional de Gorbachov; pero para el sector conservador en la propia URSS, el líder soviético lo había entregado todo a cambio de nada. La Unión Soviética se había declarado en quiebra como gran potencia y de momento no se veían en ninguna parte las contrapartidas occidentales. Además, las reducciones armamentistas no se habían traducido en una reconversión efectiva hacia la industria civil, y el país estaba desproveído. Las medidas liberalizadoras de la economía puestas en marcha en 1987 se habían quedado muy cortas. La desaparecida planificación central no había dado lugar a un libre mercado oficial: la economía soviética estaba, senci-

llamente, descabezada, y se regía por los viejos movimientos reflejos, con los peores vicios agravados.

El mercado negro florecía sin control de ningún tipo, ni económico ni sanitario, y las nuevas empresas cooperativas semiprivatizadas ofrecían productos que no eran mejores que los antiguos, pero sí más caros. Todo esto provocaba una enorme desmoralización entre la población soviética.

En julio de 1989, las huelgas florecían en la URSS sin que nadie pudiera dominarlas. Moscú tampoco era capaz de poner orden a la revuelta nacionalista que se desarrollaba con gran potencia desde el año anterior en algunas repúblicas de Asia central y del Cáucaso. Estaba claro que el auge del nacionalismo en estas zonas iba emparejado a la derrota admitida de las armas soviéticas en Afganistán. En los países bálticos, el auge nacionalista tenía otro carácter, con dos motivos muy diferenciados. Por un lado, el desastre de Chernóbil había sensibilizado a los estonios sobre el problema ecológico a través de su afinidad lingüística y cultural con los finlandeses, lo que les había permitido asimilar y hacer suya la polémica desarrollada en Escandinavia, afectada por las radiaciones. De aquí surgió el rebrote de nacionalismo estonio, que en 1988 organizó un Frente Popular que pronto se convirtió en modélico para los nacionalistas de toda la Unión Soviética.

Al otro extremo, en Lituania, el catolicismo militante de buena parte de la población se exacerbó con

derivaciones nacionalistas a partir de las sucesivas visitas del papa Juan Pablo II a Polonia.

El juego de contradicciones paralizaba a Gorbachov. El uso contundente y masivo de la fuerza quedaba descartado, puesto que habría comprometido gravemente la imagen internacional del líder y, como consecuencia, se habría resentido toda la perestroika. Además, habría sido especialmente grave en el caso de los países bálticos, en los que la dinámica independentista era estrictamente cívica y política. En cuanto a la intervención armada en las repúblicas del Cáucaso, habría significado abrir un nuevo frente bélico similar en virulencia al que se había acabado de cerrar en Afganistán.

Al fin y al cabo, Gorbachov estaba preso en la contradicción de reconocer en los estados del Este el derecho a la propia soberanía mientras lo negaba a las repúblicas independentistas de la URSS, cuyo derecho de secesión estaba consagrado en el artículo 72 de la Constitución soviética de 1977. Aun así, difícilmente estos conflictos habrían afectado a la integridad de la Unión en su conjunto sin los graves problemas superestructurales que amenazaban a la URSS en el propio Moscú.

En aquellos momentos, a comienzos de 1990, Gorbachov estaba claramente encajonado entre dos tendencias divergentes: por un lado, una amorfa pero extensa oposición conservadora, con unas pretensiones que iban desde el retraso de la perestroika hasta un simple regreso a la ortodoxia del pasado. Y, por

otro lado, los radicales presionaban para acelerar el proceso reformista, para llegar incluso al abandono total del sistema comunista. Este grupo tenía unos límites tan difusos como el contrario, pero tenía una cabeza visible muy combativa: Borís Yeltsin. Partidario de Gorbachov en sus inicios como secretario del partido en Moscú, los enfrentamientos públicos de Yeltsin con Ligachov, uno de los líderes del bando conservador, habían provocado su destitución en 1987.

En mayo de 1989 volvió a la arena política al obtener el 89% de los votos para diputado por la capital en el Congreso de los Diputados del Pueblo, el nuevo poder legislativo creado por Gorbachov en el año anterior. Hombre popular por su talante reformista, tenía un amplio grupo de seguidores en Moscú, pero era un político de acción y no un teórico, por lo que capitaneaba una opción estructurada frente a Gorbachov.

El auge de los separatismos en la segunda mitad de 1989 dio a Yeltsin la fuerza decisiva que necesitaba. El nacionalismo le proporcionaba una opción política que no necesitaba elaboraciones teóricas complejas, y que le permitía establecer un vínculo directo con el resto de las fuerzas de este tipo en la URSS. Así pues, después de haber sido elegido presidente de la República Soviética Federativa Rusa en mayo de 1990, se apresuró a delimitar de manera beligerante su nuevo poder: proclamó la vigencia de las leyes rusas sobre las soviéticas en el territorio de Rusia; de-

claró la soberanía de esta república, que era la más grande de la URSS, y abandonó el Partido Comunista durante el XVIII Congreso del PCUS (en julio).

La estrategia de Yeltsin provocó que a lo largo de julio y agosto declararan su independencia las repúblicas de Ucrania, Bielorrusia, Armenia, Turkmenistán y Tayikistán. A partir de esta plataforma de poder personal, Yeltsin presionó a Gorbachov para una rápida transición hacia la economía de mercado. Durante el verano de 1990, los asesores de ambos dirigentes elaboraron el llamado «Programa de los 500 días», que habría significado el abandono final del sistema comunista en un año y medio. El 24 de septiembre el Parlamento autorizó a Gorbachov a gobernar por decreto durante el periodo de aplicación del plan, pero este nunca se llegó a poner en marcha realmente. El Programa de los 500 días habría significado para Gorbachov la ruptura con el partido y el sistema comunista soviético en conjunto, algo a lo que nunca había estado dispuesto.

Así, durante la primera mitad de 1991, la perestroika se estancó definitivamente, mientras la población pasaba ya privaciones importantes. En este atasco, los sectores más duros del Partido y el ejército empezaron a presionar. Los militares, muy en particular, estaban especialmente resentidos con la perestroika. Las destituciones de altos mandos conservadores, la retirada de Afganistán, la incapacidad de controlar los brotes nacionalistas en el Cáucaso y el

abandono de todo el glacis defensivo soviético al este de Europa habían sido golpes muy duros de encajar.

El golpe de estado contra Gorbachov, que se intentó el 19 de agosto, fue tan indeciso como el conjunto de la situación política de la URSS. Los impulsores del golpe, que eran componentes del equipo de gobierno formado por Gorbachov medio año antes, creían que el desprestigio acumulado por el líder entre la gran masa de la población civil era de tal envergadura que habría bastado con arrestarlo y ocupar militarmente las calles para asegurarse el poder. La masa de población que salió a la calle a protestar contra el golpe solo representaba una pequeña fracción de la población total de Moscú. Pero el intento fracasó por la imagen poco convincente de la junta golpista y la desidia de los mandos medios, la tropa, la KGB y la fracción de población que podía estar a favor de la involución.

Por otro lado, Yeltsin, que fue incomprensiblemente subestimado por los conspiradores, consiguió erigirse en líder carismático de la oposición al golpe. Los modernos medios informativos de la prensa occidental, a través de emisiones televisivas vía satélite y en directo, ofrecieron una imagen de indecisión en el operativo golpista, que privó de toda credibilidad internacional a la nueva junta formada por comunistas de la línea ortodoxa y por militares.

Aun así, el liderazgo de Gorbachov y la propia URSS sobrevivieron solo unos cuantos meses. El reconocimiento occidental de la independencia de las

repúblicas bálticas obligó a hacer lo mismo con el resto de las repúblicas soviéticas, una a una.

Boris Yeltsin, con la idea de desbancar a Gorbachov, propuso aplicar en Rusia toda una serie de reformas económicas radicales que implicaban poner fin al sistema, y en noviembre se ilegalizó el Partido Comunista. Cuando el 1 de diciembre los ucranianos votaron en referéndum por la independencia total de la república, empezó el alud. Una semana más tarde los líderes de Rusia (Yeltsin), Ucrania (Kravchuk) y Bielorrusia (Chukevich) firmaron por sorpresa un acuerdo por el que se comprometían a crear una Comunidad de Estados Independientes (CEI), un acuerdo que fue ratificado a final de mes por once repúblicas en Alma-Ata (Kazajistán).

El 25 de diciembre, Gorbachov dimitió de su cargo de presidente de la URSS, se arrió la bandera roja del Kremlin y se izó la rusa: la Unión Soviética había dejado de existir. Este acontecimiento marcaba, de hecho, el comienzo del siglo XXI, puesto que se empezó a forjar una recomposición geoestratégica europea e incluso mundial sobre presupuestos completamente nuevos.

Las líneas argumentales basadas en deudas y derechos históricos heredados de las dos guerras mundiales o de reforma de la Europa wilsoniana llegaban a su fin. La independencia de los países bálticos todavía se pudo ver como un acto de restauración de la Europa de 1919. Pero el reconocimiento diplomático de las repúblicas de la CEI abría paso a un uni-

verso geoestratégico completamente nuevo, con entidades estatales sin precedentes históricos inmediatos (Bielorrusia, Kazajistán, Tayikistán, Turkmenistán, Uzbekistán) y con nuevas posibilidades de luchas por la hegemonía del Asia central (duelo entre Turquía e Irán) o de la Europa báltica.

Bibliografía

Brown, J. F. (1994). *Hopes and Shadows. Eastern Europe After Communism*. Londres: Longman.

Chomsky, N. (1984). *La segunda guerra fría. Crítica de la política exterior norteamericana, sus mitos y su propaganda*. Barcelona: Crítica.

Duret, A. (1995). *Oriento Medio. Crisis y desafíos*. Barcelona: Le Monde / Salvat.

Fanjul, E. (1994). *Revolución en la Revolución (China, del maoísmo a la era de la reforma)*. Madrid: Apanza.

Fontaine, A. (1983). *Histoire de la détente, 1962-1981*. París: Fayard.

Garthoff, R. L. (1985). *Détente and Confrontation: American-Sóviet Relations from Nixon to Reagan*. Washington: The Brookings Institution.

Grunebaun, G. E. von (1984). «El Islam. II: Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días». En: *Historia Universal* (vol. 15, 6.ª ed.). Madrid: Siglo XXI.

Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Barcelona: Crítica.

Mammarella, G. (1990). *Historia de Europa contemporánea (1945-1990)*. Barcelona: Ariel.

Martín de la Guardia, R. M.; Pérez Sánchez, G. A. (1995). *La Unión Soviética: de la Perestroika a la desintegración*. Madrid: Itsmo.

Martínez Carreras, J. U. (1991). *El mundo árabe e Israel*. Madrid: Itsmo.

Partos, G. (1993). *The World that came from the Cold*. Londres: Royal Institute of International Affairs / BBC World Service.

Perlmutter, A. (1987). *Israel. El Estado repartido (1900-1985)*. Madrid: Espasa Calpe.

Stokes, G. (1993). *The Walls Came Trumbpng Down. The Collapse of Communism in Eastern Europe*. Oxford: University Press.

Veiga, F.; Da Cal, E. U.; Duarte, A. (1997). *La paz simulada. Una historia de Guerra Fría, 1941-1991*. Madrid: Alianza Universidad.

Walker, M. (1994). *The Cold War*. Londres: Vintage.

Woods, R. B. (1991). *Dawning of the Cold War. The United States' Quest for Order*. Athens: University ot Georgia Press.

Yergin, D. (1992). *La historia del petróleo*. Barcelona: Plaza & Janés.